

William Shakespeare  
**LA TEMPESTAD**

DRAMATIS PERSONAE

ALONSO, rey de Nápoles  
SEBASTIÁN, su hermano  
PRÓSPERO, el legítimo Duque de Milán  
ANTONIO, su hermano, usurpador del ducado de Milán  
FERNANDO, hijo del rey de Nápoles  
GONZALO, viejo y honrado consejero

ADRIÁN }  
FRANCISCO } nobles

CALIBÁN, esclavo salvaje y deforme  
TRÍNCULO, bufón  
ESTEBAN, despensero borracho  
El CAPITÁN del barco  
El CONTRAMAESTRE  
MARINEROS  
MIRANDA, hija de Próspero  
ARIEL, espíritu del aire

IRIS }  
CERES }  
JUNO } espíritus Ninfas  
Segadores }

Escena: una isla deshabitada.

**LA TEMPESTAD**

*Li Se oye un fragor de tormenta, con rayos y truenos. Entran un CAPITÁN y un CONTRAMAESTRE.*

CAPITÁN

¡Contramaestre!

CONTRAMAESTRE

¡Aquí, capitán! ¿Todo bien?

CAPITÁN

¡Amigo, llama a la marinería! ¡Date prisa o encalla mos! ¡Corre, corre!

*Sale.*

*Entran los MARINEROS.*

CONTRAMAESTRE

¡Ánimo, muchachos! ¡Vamos, valor, muchachos! ¡Deprisa, deprisa! ¡Arriad la gavia! ¡Y atentos al silbato del capitán! - ¡Vientos, mientras haya mar abierta, reventad soplando!

*Entran ALONSO, SEBASTIÁN, ANTONIO, FERNANDO, GONZALO y otros.*

ALONSO

Con cuidado, amigo. ¿Dónde está el capitán? - [A los MARINEROS] ¡Portaos como hombres!

CONTRAMAESTRE

Os lo ruego, quedaos abajo.

ANTONIO

Contraestre, ¿y el capitán?

CONTRAMAESTRE

¿No le oís? Estáis estorbando. Volved al camarote. Ayudáis a la tormenta.

GONZALO

Cálmate, amigo.

CONTRAMAESTRE

Cuando se calme la mar. ¡Fuera! ¿Qué le importa el título de rey al fiero oleaje? ¡Al camarote, silencio!

¡No molestéis!

GONZALO

Amigo, recuerda a quién llevas a bordo.

CONTRAMAESTRE

A nadie a quien quiera más que a mí. Vos sois consejero: si podéis acallar los elementos y devolvernos la bonanza, no moveremos más cabos. Imponed vuestra autoridad. Si no podéis, dad gracias por haber vivido tanto y, por si acaso, preparaos para cualquier desgracia en vuestro camarote. - ¡Ánimo, muchachos! - ¡Quitaos de enmedio, vamos!

*Sale.*

GONZALO

Este tipo me da ánimos. Con ese aire patibulario, no creo que naciera para ahogarse. Buen Destino, persiste en ahorcarle, y que la sogá que le espera sea nuestra amarra, pues la nuestra no nos sirve. Si no nació para la horca, estamos perdidos.

*Salen.*

*Entra el CONTRAMAESTRE.*

CONTRAMAESTRE

¡Calad el mastelero! ¡Rápido! ¡Más abajo, más abajo! ¡Capead con la mayor!

*Gritos dentro.*

¡Malditos lamentos! ¡Se oyen más que la tormenta o nuestro ruido!

*Entran SEBASTIÁN, ANTONIO y GONZALO.*

¿Otra vez? ¿Qué hacéis aquí? ¿Lo dejamos todo y nos ahogamos? ¿Queréis que nos hundamos?

SEBASTIÁN

¡Mala peste a tu lengua, perro gritón, blasfemo, desalmado!

CONTRAMAESTRE

Entonces trabajad vos.

ANTONIO

¡Que te cuelguen, perro cabrón, escandaloso, insdente! Tenemos menos miedo que tú de ahogarnos.

GONZALO

Seguro que él no se ahoga, aunque el barco fuera una cáscara de nuez e hiciera aguas como una incontinente.

CONTRAMAESTRE

¡Ceñid el viento,, ceñid! ¡Ahora con las dos velas! ¡Mar adentro, mar adentro!

*Entran los MARINEROS, mojados.*

MARINEROS

¡Es el fin! ¡A rezar, a rezar! ¡Es el fin!

[*Salen.*]

CONTRAMAESTRE

¿Vamos a quedar secos?

GONZALO

¡El rey y el príncipe rezan! Vamos con ellos:  
nuestra suerte es la suya.

SEBASTIÁN

Estoy indignado.

ANTONIO

Estos borrachos nos roban la vida.  
¡Y este infame bocazas...! - ¡A la horca,  
y que te aneguen diez mareas!

[*Sale el CONTRAMAESTRE.*]

GONZALO

Irá a la horca, por más que lo desmienta cada gota de agua y se abra el mar para tragárselo.

*Clamor confuso dentro.*

[*VOCES*]

¡Misericordia! ¡Naufragamos, naufragamos! ¡Adiós, mujer, hijos! ¡Adiós, hermano! ¡Naufragamos,  
naufragamos!

ANTONIO

Hundámonos con el rey.

SEBASTIÁN

Vamos a decirle adiós.

*Sale [con ANTONIO].*

GONZALO

Ahora daría yo mil acres de mar por un trozo de páramo, con brezos, matorrales, lo que sea. Hágase la  
voluntad de Dios, pero yo preferiría morir en seco.

*Sale.*

I.ii *Entran* PRÓSPERO y MIRANDA.

MIRANDA

- Si con tu magia, amado padre, has levantado  
este fiero oleaje, calma las aguas.  
Parece que las nubes quieren arrojar  
fétida brea, y que el mar, por extinguirla,  
sube al cielo. ¡Ah, cómo he sufrido  
con los que he visto sufrir! ¡Una hermosa nave,  
que sin duda llevaba gente noble,  
hecha pedazos! ¡Ah, sus clamores  
me herían el corazón! Pobres almas, perecieron.  
Si yo hubiera sido algún dios poderoso,  
habría hundido el mar en la tierra  
antes que permitir que se tragase  
ese buen barco con su carga de almas.

PRÓSPERO

Serénate. Cese tu espanto.  
Dile a tu apenado corazón  
que no ha habido ningún mal.

MIRANDA

¡Ah, desgracia!

PRÓSPERO

No ha habido mal. Yo sólo he obrado  
por tu bien, querida mía, por tu bien, hija,  
que ignoras quién eres y nada sabes  
de mi origen, ni que soy bastante más  
que Próspero, morador de pobre cueva  
y humilde padre tuyo.

MIRANDA

De saber más  
nunca tuve pensamiento.

PRÓSPERO

Hora es de que te informe. Ayúdame  
a quitarme el manto mágico. Bien. –  
Descansa ahí, magia. - Sécate los ojos; no sufras.  
La terrible escena del naufragio,  
que ha tocado tus fibras compasivas,  
la dispuse midiendo mi arte de tal modo  
que no hubiera peligro para nadie,  
ni llegasen a perder ningún cabello  
los hombres que en el barco oías gritar  
y viste hundirse. Siéntate,  
pues has de saber más.

MIRANDA

Cuando ibas a contarme quién soy yo,  
te parabas y dejabas sin respuesta  
mis preguntas, concluyendo: «Espera, aún no.»

PRÓSPERO

Llegó la hora. El instante  
te manda abrir oídos. Obedece  
y préstame atención. ¿Te acuerdas  
de antes que viviéramos en esta cueva?  
Creo que no, porque entonces no tenías  
más de tres años.

MIRANDA

Sí me acuerdo, padre.

PRÓSPERO

¿De qué? ¿De alguna otra casa o persona?  
Dime una imagen cualquiera  
que guarde tu recuerdo.

MIRANDA

La veo muy lejana,  
y más como un sueño que como un recuerdo  
del que dé garantía mi memoria. ¿No tenía  
yo a mi servicio cuatro o cinco damas?

PRÓSPERO

Sí, Miranda, y más. Pero, ¿cómo es que eso  
aún vive en tu mente? ¿Qué más ves  
en el oscuro fondo y abismo del tiempo?  
Si te acuerdas de antes de llegar aquí,  
recordarás cómo llegaste.

MIRANDA

No me acuerdo.

PRÓSPERO

Hace doce años, Miranda, hace doce años,  
tu padre era el Duque de Milán,  
y un poderoso príncipe.

MIRANDA

¿No eres mi padre?

PRÓSPERO

Tu madre fue un dechado de virtud  
y decía que tú eras mi hija; tu padre  
era Duque de Milán, y su única heredera,  
princesa no menos noble.

MIRANDA

¡Santo cielo! ¿Qué perfidia  
nos hizo salir de allá? ¿O fue  
una suerte el venir?

PRÓSPERO.

Ambas cosas, hija.  
Nos expulsó la perfidia, como dices,  
pero a venir nos ayudó la suerte.

MIRANDA

¡Ah, se me parte el alma de pensar  
que te hago recordar aquel dolor  
que no guarda mi memoria! Mas sigue, padre.

PRÓSPERO

Mi hermano y tío tuyo, de nombre Antonio  
(y oirás cómo un hermano puede ser  
tan pérfido); él, al que después de ti  
más quería yo en el mundo, y a quien confié  
el gobierno de mi Estado, el principal  
en aquel tiempo de entre las Señorías,  
y Próspero, el gran duque, de elevado  
renombre por su rango y sin igual  
en las artes liberales... Siendo ellas mi anhelo,  
delegué en mi hermano la gobernación  
y, arrobado por las ciencias ocultas,  
me volví un extraño a mi país.  
Tu pérfido tío... ¿Me escuchas?

MIRANDA

Con toda mi atención.

PRÓSPERO

... impuesto ya en el uso de otorgar  
o denegar solicitudes, ascender a éste,  
frenar al otro en su ambición, volvió a crear  
a las criaturas que eran mías, cambiando  
o conformando su lealtad y, marcando el tono  
de función y funcionario, afinó  
a su gusto a todos, hasta ser  
la hiedra que ocultó mi noble tronco  
sorbiéndole la savia... ¡No me escuchas!

MIRANDA

¡Sí te escucho, padre!

PRÓSPERO

Préstame atención. Al descuidar  
los asuntos del mundo, consagrado  
al aislamiento y al cultivo de la mente

con un arte tan secreto que excedía  
la apreciación de las gentes, desperté  
en mi falso hermano un mal instinto,  
y mi confianza, que no tenía límites,  
cual buen padre inversamente generó  
en él una falsía tan inmensa  
como fue mi confianza. Llegó a enseñorearse  
no sólo de mis rentas, sino también  
de cuanto mi poder le permitía,  
e igual que quien hace pecar a su memoria  
contra la verdad al creerse sus mentiras  
a fuerza de contarlas, creyó ser  
el duque mismo por haberme reemplazado  
y ostentar el rostro del dominio  
con todo privilegio. Creciendo su ambición...  
¿Me oyes bien?

MIRANDA

Padre, tu relato curaría la sordera.

PRÓSPERO

Para no tener obstáculo entre papel  
y personaje, querrá ser el propio  
Duque de Milán. Para mí, ¡pobre!,  
mi biblioteca era un gran ducado. Me cree  
incapaz para el gobierno, se alía  
(tal era su sed de mando) con el rey de Nápoles  
pagándole tributo, rindiéndole homenaje,  
entregando la corona ducal a la del rey  
y sometiendo el ducado, aún sin doblegar,  
a la más innoble postración.

MIRANDA

¡Santo cielo!

PRÓSPERO

Escucha el pacto y sus consecuencias,  
y dime si obró como un hermano.

MIRANDA

Pecaría si no pensara noblemente  
de tu madre: la buena entraña  
ha dado malos hijos.

PRÓSPERO

Escucha el pacto. El rey de Nápoles,  
que siempre fue mi eterno enemigo,  
atiende el ruego de mi hermano;  
a saber: que, a cambio del convenio  
de homenaje y no sé cuánto tributo,  
arroje del ducado a mí y a los míos  
sin demora, regalando la hermosa Milán  
con todos los honores a mi hermano. Así,  
con tropa desleal ya reclutada,  
en la noche fatídica abrió Antonio  
las puertas de Milán y, en la más negra tiniebla,  
sus esbirros nos sacaron a los dos;  
a ti, llorando.

MIRANDA

¡Ay, dolor! No recuerdo  
cómo lloré entonces y voy a llorar ahora.  
Lo que ocurrió me arranca el llanto.

PRÓSPERO

Atiende un poco más y llegaremos  
a lo que ahora nos concierne, sin lo cual  
esta historia no vendría al caso.

MIRANDA

¿Por qué no nos mataron?

PRÓSPERO

Buena pregunta, muchacha; mi relato  
la provoca. Hija, no se atrevieron,  
de tanto como el pueblo me quería y, en vez  
de mancharse de sangre, les dieron  
un bello color a sus viles designios.  
En suma, nos llevaron a un velero a toda prisa  
y en él varias leguas mar adentro. Allí  
nos esperaba el casco podrido de un barcucho  
sin jarcias, ni velas, ni mástil. Hasta las ratas  
lo habían abandonado por instinto. En él  
nos lanzaron a llorarle al mar rugiente,  
a suspirarle al viento, cuya lástima  
nos hacía un mal amoroso al suspirarnos.

MIRANDA

¡Ah, qué carga fui yo para ti!

PRÓSPERO

Tú fuiste el querubín que me salvó.  
Inspirada de divina fortaleza,  
sonreías mientras yo cubría el mar  
de lágrimas salobres y gemía  
bajo mi pena. Así me diste bríos  
para afrontar lo que acaeciese.

MIRANDA

¿Cómo llegamos a tierra?

PRÓSPERO

Por divina voluntad. Llevábamos  
algo de comida y un poco de agua dulce  
que nos dio por caridad Gonzalo,  
un noble de Nápoles encargado del proyecto,  
y también ricos trajes, ropa blanca,  
telas y efectos varios que nos han  
servido mucho. En su bondad, sabiendo  
cuánto amaba yo mis libros, me surtió  
de volúmenes de mi propia biblioteca  
que yo estimaba en más que mi ducado.

MIRANDA

¡Ojalá algún día vea a ese hombre!

PRÓSPERO

Voy a levantarme. Tú sigue sentada  
y escucha el fin de nuestras penas.  
Llegamos a esta isla y aquí yo,  
tu maestro, te he dado una enseñanza  
que no gozan los príncipes, con horas  
más ociosas y tutores menos esmerados.

MIRANDA

Dios te lo premie. Ahora, padre, te lo ruego,  
pues aún me embarga el alma, dime  
por qué has desatado esta tormenta.

PRÓSPERO

Vas a saberlo.  
Por un extraño azar la pródiga Fortuna,  
que ahora me acompaña, ha traído  
hasta aquí a mis enemigos, y por presciencia  
veo que mi cenit depende de un astro  
sumamente favorable y que, si no  
aprovecho su influencia, mi suerte  
decaerá. Cesen ya tus preguntas.  
Te duermes. Es benigna soñolencia.  
Abandónate: no puedes evitarla.

*[Se duerme MIRANDA.]*

¡Ven aquí, mi siervo, ven! Estoy presto.  
Acércate, Ariel, ven.

*Entra ARIEL.*

ARIEL

¡Salud, gran amo! ¡Mi digno señor, salud!  
Vengo a cumplir tu deseo, ya sea volar,  
nadar, lanzarme al fuego, sobre nube ondulante  
cabalgar. Con tus poderosas órdenes  
dirige a tu Ariel y sus fuerzas.

PRÓSPERO

Espíritu, ¿llevaste a cabo fielmente  
la tempestad que te mandé?

ARIEL

A la letra. A bordo  
del navío real, llameaba espanto  
por la proa, por el puente, por la popa,  
por todos los camarotes. A veces me dividía,  
ardiendo por muchos sitios: flameaba  
en las vergas, el bauprés, el mastelero,  
y después me unía. El relámpago de Júpiter,  
heraldo del temible trueno, nunca fue  
tan raudo e instantáneo. Fuegos y estallidos  
del sulfúreo alboroto parecían asediar  
al poderoso Neptuno y hacer que temblasen  
sus olas altivas, y aun su fiero tridente.

PRÓSPERO

¡Mi gran espíritu!  
¿Quién fue tan firme y constante, que no  
acusara el efecto del tumulto?

ARIEL

No hubo quien no  
sintiera la fiebre de los locos, ni obrara  
enajenado. Todos, menos los marineros,  
se echaron al mar espumoso saltando del barco,  
que ardía con mi fuego. Fernando, el hijo del rey,  
con los pelos de punta (más juncos que pelos),  
fue el primero en lanzarse, gritando: «¡El infierno  
está vacío! ¡Aquí están los demonios!»

PRÓSPERO

¡Bien por mi espíritu!  
Pero, ¿eso no fue junto a la costa?

ARIEL

Muy cerca, mi amo.

PRÓSPERO

¿Y están todos a salvo, Ariel?

ARIEL

Ni un pelo ha sufrido,  
y no hay mancha en sus ropas flotadoras,  
ya más nuevas que nunca. Tal como ordenaste,  
los dispersé por grupos en la isla.  
Al hijo del rey le hice llegar a tierra,  
donde quedó enfriando el aire de suspiros,  
sentado en un rincón lejano de la isla  
con los brazos en este triste nudo.

PRÓSPERO

Dime qué hiciste  
con el navío real, los marineros.  
¿Y el resto de la escuadra?

ARIEL

El navío del rey está escondido  
en buen puerto, en la cala profunda  
donde una medianoche me hiciste traer  
rocío de las Bermudas borrascosas.  
A los marineros los metí bajo cubierta;  
durmiendo quedaron, merced a un hechizo  
y sus fatigas. El resto de la escuadra,  
a la que dispersé, ya se ha reunido  
y navega por la mar Mediterránea  
con triste rumbo a Nápoles, creyendo  
que vieron naufragar el navío del rey  
y morir a su augusta persona.

PRÓSPERO

Ariel, cumpliste mi encargo con esmero,  
pero aún queda trabajo. ¿Qué hora es?

ARIEL

Más del mediodía.

PRÓSPERO

Al menos dos horas más. De aquí a las seis  
hemos de emplear valiosamente el tiempo.

ARIEL

¿Aún más labor? Ya que tanto me exiges,  
déjame recordarte lo que has prometido  
y aún no me has dado.

PRÓSPERO

¡Vaya! ¿Protestando?  
¿Tú qué puedes reclamarme?

ARIEL

Mi libertad.

PRÓSPERO

¿Antes de tiempo? Ya basta.

ARIEL

Te lo ruego, recuerda  
que te he prestado un gran servicio;  
no te digo mentiras, ni cometo errores,  
y te sirvo sin queja ni desgana. Prometiste  
descontarme un año entero.

PRÓSPERO

¿Olvidas de qué tormento te libré?

ARIEL

No.

PRÓSPERO

Sí, y crees una fatiga  
pisar el fondo cenagoso del océano,  
correr sobre el áspero viento del norte,  
hacerme encargos en las venas de la tierra  
cuando el hielo la endurece.

ARIEL

Yo no, señor.

PRÓSPERO

¡Mientes, ser maligno! ¿Te olvidas  
de la inmunda bruja Sícórax, encorvada  
por la edad y la vileza? ¿Te olvidas de ella?

ARIEL

No, señor.

PRÓSPERO

Pues sí. ¿Dónde nació? Habla, dilo.

ARIEL

En Argel, señor.

PRÓSPERO

¿Ah, sí? Una vez al mes  
tengo que contarte lo que has sido,  
pues lo olvidas. La maldita bruja Sícórax,  
por múltiples maldades y hechizos que no son  
para oídos humanos, fue, como ya sabes,  
desterrada de Argel. Por algo que hizo  
no la ejecutaron. ¿No es verdad?

ARIEL

Sí, señor.

PRÓSPERO

A esta bruja de ojos morados la trajeron  
ya preñada, dejándola aquí los marineros.  
Tú, mi esclavo, como a ti mismo te llamas,  
fuiste siervo suyo y, al ser tan sensible  
para cumplir sus órdenes soeces,  
negándole obediencia, te encerró,  
con la ayuda de agentes poderosos  
y en su cólera más incontenible,  
en un pino partido, en cuyo hueco  
doce años con dolor permaneciste  
prisionero. Mas murió en ese espacio  
y te dejó allí, dando más quejas  
que giros una rueda de molino.  
Entonces, salvo el hijo que ella parió aquí,  
un pecoso engendro, ningún humano  
había honrado esta isla.

ARIEL

Sí, su hijo Calibán.

PRÓSPERO

¡Torpe! ¿Quién, si no? Calibán,  
que ahora está a mi servicio. Bien sabes  
el tormento que sufrías cuando te hallé.  
Tus gemidos hacían aullar al lobo y apiadarse  
al oso furibundo: un tormento

para los condenados que Sícórax  
no podía deshacer. Fue mi magia,  
cuando llegué y te oí, lo que abrió  
aquel pino y te libró.

ARIEL

Te lo agradezco, amo.

PRÓSPERO

Si vuelves aquejarte, parto un roble  
y te clavo en sus nudosas entrañas  
para que pases aullando doce inviernos.

ARIEL

Perdóname, amo.

Seré dócil a tus órdenes y cumpliré  
gentilmente como espíritu.

PRÓSPERO

Si lo haces, dentro de dos días serás libre.

ARIEL

¡Bien por mi noble amo! ¿Qué quieres  
que haga? Dilo. ¿Qué deseas?

PRÓSPERO

Transfórmate en ninfa marina.  
Hazte invisible a todos, menos  
a ti y a mí. Vamos, toma esa forma  
y vuelve entonces. ¡Vamos, sé diligente!

*Sale [ARIEL].*

Despierta, hija mía, despierta.  
Has dormido bien. Despierta.

MIRANDA

Lo asombroso de tu historia  
me dio sueño.

PRÓSPERO

Sacúdetelo. Ven. Vamos a hacer  
visita a Calibán, mi esclavo,  
que nunca nos dio respuesta amable.

MIRANDA

Padre, es un infame al que detesto.

PRÓSPERO

Sí, pero le necesitamos. Enciende  
el fuego, trae la leña y nos hace  
trabajos muy útiles. ¡Eh, esclavo! ¡Calibán!  
¡Responde, montón de tierra!

CALIBÁN, *dentro*

¡Ya tenéis bastante leña!

PRÓSPERO

¡Vamos, sal ya! Tengo otro encargo para ti.  
¿Cuándo saldrás, tortuga?

*Entra ARIEL, en forma de ninfa marina.*

¡Bella aparición! Primoroso Ariel,  
te hablo al oído.

ARIEL

Así lo haré, señor.

*Sale.*

PRÓSPERO

¡Sal ya, ponzoñoso esclavo,  
engendro del demonio y tu vil madre!

*Entra CALIBÁN.*

CALIBÁN

¡Así os caiga a los dos el vil rocío  
que, con pluma de cuervo, barría mi madre  
de la ciénaga malsana! ¡Así os sople un viento  
del sur y os cubra de pústulas!

PRÓSPERO

Por decir eso, tendrás calambres esta noche  
y punzadas que ahogan el aliento. Los duendes,  
que obran en la noche, clavarán  
púas en tu piel. Tendrás más aguijones  
que un panal, cada uno más punzante  
que los de las abejas.

CALIBÁN

Tengo que comer. Esta isla  
es mía por mi madre Sícorax,  
y tú me la quitaste. Cuando viniste,  
me acariciabas y me hacías mucho caso,  
me dabas agua con bayas, me enseñabas  
a nombrar la lumbrera mayor y la menor  
que arden de día y de noche. Entonces te quería  
y te mostraba las riquezas de la isla,  
las fuentes, los pozos salados, lo yermo y lo fértil.  
¡Maldito yo por hacerlo! Los hechizos de Sícorax  
te asedien: escarabajos, sapos, murciélagos.  
Yo soy todos los súbditos que tienes,  
yo, que fui mi propio rey; y tú me empocilgas  
en la dura roca y me niegas  
el resto de la isla.

PRÓSPERO

¡Esclavo archiembustero, que respondes  
al látigo y no a la bondad! Siendo tal basura,  
te traté humanamente, y te alojé  
en mi celda hasta que pretendiste  
forzar la honra de mi hija.

CALIBÁN

¡Ja, ja! ¡Ojalá hubiera podido!  
Tú me lo impediste. Si no, habría poblado  
de Calibanes esta isla.

MIRANDA

¡Odioso esclavo,  
en quien no deja marca la bondad  
y cabe todo lo malo! Me dabas lástima,  
me esforcé en enseñarte a hablar y cada hora  
te enseñaba algo nuevo. Salvaje, cuando tú  
no sabías lo que pensabas y balbucías  
como un bruto, yo te daba las palabras  
para expresar las ideas. Pero, a pesar  
de que aprendiste, tu vil sangre repugnaba

a un alma noble. Por eso te encerraron  
merecidamente en esta roca,  
mereciendo mucho más que una prisión.

CALIBÁN

Me enseñaste a hablar, y mi provecho  
es que sé maldecir. ¡La peste roja te lleve  
por enseñarme tu lengua!

PRÓSPERO

¡Fuera, engendro!  
Tráenos leña, y más te vale no tardar,  
que hay más trabajo. ¿Te encoges de hombros,  
infame? Si descuidas o haces tu labor  
de mala gana, te torturo con calambres,  
te meto el dolor en los huesos. Rugirás tanto  
que hasta las bestias temblarán de oírte.

CALIBÁN

No, te lo suplico. -  
[*Aparte*] He de obedecer. Su magia es tan potente  
que vencería a Setebos, el dios de mi madre,  
convirtiéndole en vasallo.

PRÓSPERO

¡Fuera, esclavo, vete!

*Sale CALIBÁN.*

*Entran FERNANDO y ARIEL, invisible, tocando y cantando.*

ARIEL *Canción.*

A estas playas acercaos  
de la mano.  
Saludo y beso traerán  
silencio al mar.  
Bailad con gracia y donaire;  
los elfos canten  
el coro. ¡Atentos!

*Coro, disperso:* ¡Guau, guau!

Ladran los perros.

*[Coro, disperso]:* ¡Guau, guau!

Callad. Oiréis

al pomposo Chantecler  
cantando quiquiriquí.

FERNANDO

¿De dónde sale esta música? ¿Del aire  
o de la tierra? Ha cesado. Sin duda suena  
por un dios de la isla. Sentado en la playa,  
llorando el naufragio de mi padre, el rey,  
esta música se me insinuó desde las aguas,  
calmando con su dulce melodía  
su furia y mi dolor. La he seguido desde allí,  
o, más bien, me ha arrastrado. Mas cesó.  
No, vuelve a sonar.

ARIEL

*Canción.*

Yace tu padre en el fondo  
y sus huesos son coral.  
Ahora perlas son sus ojos;  
nada en él se deshará,  
pues el mar le cambia todo

en un bien maravilloso.  
Ninfas por él doblarán.

*Coro:* Din, don.

Ah, ya las oigo: Din, don, dan.

FERNANDO

La canción evoca a mi ahogado padre.  
Esto no es obra humana, ni sonido  
de la tierra. Ahora lo oigo sobre mí.

PRÓSPERO

Abre las cortinas de tus ojos  
y dime qué ves ahí.

MIRANDA

¿Qué es? ¿Un espíritu?  
¡Ah, cómo mira alrededor! Créeme, padre:  
tiene una hermosa figura. Pero es un espíritu.

PRÓSPERO

No, muchacha: come y duerme, y sus sentidos  
son como los nuestros. Este joven caballero  
estaba en el naufragio y, si no estuviese  
alterado del dolor (estrago de la belleza),  
podríamos llamarle apuesto. Ha perdido  
a sus amigos y va errante en su busca.

MIRANDA

Yo le llamaría ser divino,  
pues nada vi tan noble aquí, en la tierra.

PRÓSPERO [*aparte*]

Está resultando como lo concebí. –  
[A ARIEL] Espíritu, gran espíritu,  
en dos días te libraré por esto.

FERNANDO [*viendo a MIRANDA*]

Sin duda, la diosa  
por quien suena esta música. - Ten a bien  
decirme si habitas esta isla  
e instruirme sobre el modo como debo  
proceder estando aquí. Mi primera súplica,  
aunque última, es: ¡Oh, maravilla!,  
¿eres o no una muchacha?

MIRANDA

Maravilla, ninguna,  
pero sí una muchacha.

FERNANDO

¡Mi idioma! ¡Dios santo!  
Sería el primero de todos sus hablantes  
si estuviera allí donde se habla.

MIRANDA

¿Cómo? ¿El primero?  
¿Qué serías si te oyera el rey de Nápoles?

FERNANDO

Un pobre solitario que se asombra  
de oírte hablar del rey. Él me oye,  
y porque me oye, lloro. Ahora el rey soy yo,  
y mis ojos, desde entonces sin reflujos,  
vieron el naufragio de mi padre.

MIRANDA

¡Qué dolor!

FERNANDO

Sí, y con él el de sus nobles; entre ellos,  
el Duque de Milán y su buen hijo.

PRÓSPERO *[aparte]*

El Duque de Milán  
y su mejor hija podrían desmentirte  
si fuera el momento. No más verse  
y ya suspiran. Primoroso Ariel,  
serás libre por esto. - Oídmme, señor:  
me temo que os habéis equivocado; oídmme.

MIRANDA

¿Por qué se pone tan áspero mi padre?  
Éste es el tercer hombre que he visto  
y el primero que me hechiza. ¡La compasión  
incline a mi padre de mi lado!

FERNANDO

Ah, si eres doncella,  
y a nadie has dado aún tu corazón,  
yo te haré reina de Nápoles.

PRÓSPERO

Esperad, señor, oídmme.  
*[Aparte]* Se han rendido el uno al otro, mas yo  
frenaré su presteza, no sea que ganar tan fácil  
convierta en fácil el premio. -  
*[A FERNANDO]* Óyeme, te ordeno  
que me escuches. Usurpas un nombre  
que no es tuyo, y has venido a esta isla  
como espía, para quitármela a mí,  
que soy su dueño.

FERNANDO

¡No, por mi honor!

MIRANDA

El mal no puede residir en este templo.  
Si el maligno viviera en casa tan hermosa,  
el bien lo expulsaría.

PRÓSPERO

Sígueme. - Tú no le defiendas: es un traidor. -  
Te voy a encadenar los pies y el cuello.  
Beberás agua de mar; te alimentarás  
de moluscos de agua dulce, raíces resacas  
y cáscaras de bellota. ¡Sígueme!

FERNANDO

¡No! No voy a soportar este trato  
mientras mi enemigo no tenga más poder.

*Desenvaina, y un hechizo le detiene.*

MIRANDA

Querido padre,  
no le juzgues con tanto rigor,  
pues es noble, y nada cobarde.

PRÓSPERO

¡Cómo! ¿Me va a instruir el pie?  
Envaina ya, traidor, que alardeas,  
pero no atacas, con esa conciencia  
tan culpable. No sigas en guardia,  
pues con mi vara puedo desarmarte

y hacer que sueltes la espada.

MIRANDA

Padre, te suplico...

PRÓSPERO

¡Fuera! ¡No te cuelgues de mi ropa!

MIRANDA

Apiádate, padre. Yo respondo por él.

PRÓSPERO

¡Silencio! Si dices otra palabra,

te reñiré, y aun te odiaré. ¡Cómo!

¿Abogada de impostor? ¡Calla!

Porque sólo has visto a él y a Calibán

te crees que no hay otros como él. ¡Necia!

Al lado de otros hombres, él es un Calibán,

y a su lado, ellos son ángeles.

MIRANDA

Mis sentimientos son humildes.

No deseo ver a un hombre más apuesto.

PRÓSPERO [a FERNANDO]

Vamos, obedece.

Tus fibras han vuelto a su infancia

y no tienen fuerza.

FERNANDO

Es verdad.

Como en un sueño, mi ánimo está encadenado.

La muerte de mi padre, esta debilidad,

el naufragio de mis amigos y las amenazas

del que ahora me somete no son una carga

mientras una vez al día, desde mi cárcel,

pueda ver a esta muchacha. Dispongan los libros

del resto del mundo. En mi cárcel

ya tengo bastante espacio.

PRÓSPERO [aparte]

Surte efecto. - Vamos. -

Mi gran Ariel, buen trabajo. Sígueme:

voy a darte otra misión.

MIRANDA [a FERNANDO]

No te inquietes. Mi padre es mucho mejor

de lo que parece hablando. Lo que le has visto

es insólito.

PRÓSPERO [a ARIEL]

Serás libre como el viento de montaña.

Pero mis órdenes cumple con esmero.

ARIEL

A la letra.

PRÓSPERO [a FERNANDO]

¡Vamos, sígueme!

[A MIRANDA] Y tú no le defiendas.

*Salen.*

II.i *Entran* ALONSO, SEBASTIÁN, ANTONIO, GONZALO, ADRIÁN y FRANCISCO.

GONZALO [a ALONSO]

Alegraos, Majestad, os lo ruego. Tenéis

motivo para el gozo, como todos: salvarnos

cuenta más que lo perdido. La desgracia que sufrimos es corriente: cada día, esposas de marinos, dueños de barcos, mercaderes también tienen motivo de dolor, y este milagro, el de haber sobrevivido, muy pocos podrán contarlo entre millones. Conque, señor, sopesad sabiamente el dolor con el alivio.

ALONSO

Callad, os lo ruego.

SEBASTIÁN [*aparte a ANTONIO*]

El consuelo es para él un caldo frío.

ANTONIO [*aparte a SEBASTIÁN*]

Pero este consolador no va a soltarle.

SEBASTIÁN [*aparte a ANTONIO*]

Mirad, le da cuerda al reloj de su ingenio. Muy pronto sonará.

GONZALO

Señor...

SEBASTIÁN

La una. Contad.

GONZALO

Si a cada desventura se le da posada,  
al posadero le cae...

SEBASTIÁN

Más de un duro.

GONZALO

Más de un duro desconsuelo. Decís más verdad de la que pretendíais.

SEBASTIÁN

Y vos respondéis con más ingenio del que yo creía.

GONZALO [*a ALONSO*]

Así que, señor...

ANTONIO

¡Uf! ¡Éste no frena la lengua!

ALONSO [*a GONZALO*]

Os lo ruego, basta.

GONZALO

Bueno, he dicho. Aunque...

SEBASTIÁN [*aparte a ANTONIO*]

No, si seguirá hablando.

ANTONIO [*aparte a SEBASTIÁN*]

Apostemos algo a quién canta primero, Adrián o él.

SEBASTIÁN

El viejo gallo.

ANTONIO

El gallito.

SEBASTIÁN

Conforme. ¿Qué nos jugamos?

ANTONIO

Reírse el que gane.

SEBASTIÁN

¡Hecho!

ADRIÁN

Aunque esta isla parece desierta...

ANTONIO

¡Ja, ja, ja!

SEBASTIÁN

Ya estáis pagado.

ADRIÁN  
... inhabitable y casi inaccesible...

SEBASTIÁN  
Sin embargo...

ADRIÁN  
Sin embargo...

ANTONIO  
¡Tenía que decirlo!

ADRIÁN  
... su templanza es sin duda suave, fina y placentera.

ANTONIO  
Templanza era una moza placentera.

SEBASTIÁN  
Y fina, como tan doctamente ha dicho.

ADRIÁN  
El aire que sopla es sutil.

SEBASTIÁN  
Cual si tuviera pulmones, y podridos.

ANTONIO  
O si los perfumara una ciénaga.

GONZALO  
Aquí hay de todo para vivir.

ANTONIO  
Cierto, salvo medios de vida.

SEBASTIÁN  
De eso hay poco o nada.

GONZALO  
¡Qué lozana y frondosa está la hierba! ¡Qué verde!

ANTONIO  
Sí, el suelo está pardo.

SEBASTIÁN  
Con un matiz de verde.

ANTONIO  
No se le escapa nada.

SEBASTIÁN  
No, tan sólo la realidad.

GONZALO  
Pero lo más prodigioso, y es casi increíble...

SEBASTIÁN  
Como tantos prodigios.

GONZALO  
... es que nuestra ropa, habiéndose empapado en el mar, no obstante siga estando tan nueva y radiante. Más que manchada de agua salada, parece recién teñida.

ANTONIO  
Si hablara uno de sus bolsillos, ¿no le diría que miente?

SEBASTIÁN  
Sí, o se embolsaría la verdad.

GONZALO  
Creo que nuestra ropa está tan nueva como cuando la estrenamos en África, en la boda de la hija del rey, la bella Claribel, con el rey de Túnez.

SEBASTIÁN  
Buena boda, y nos ha ido muy bien al regreso.

ADRIÁN  
A Túnez nunca la honró semejante modelo de reina.

GONZALO  
No desde los tiempos de la viuda Dido.

ANTONIO

¿Viuda? ¡Mala peste! ¿De dónde sale lo de «viuda»? ¡La viuda Dido!

SEBASTIÁN

También podría haber dicho «el viudo Eneas». ¡Señor, cómo os lo tomáis!

ADRIÁN

¿Decís la viuda Dido? Eso me da que pensar. Era de Cartago, no de Túnez.

GONZALO

Señor, Túnez era Cartago.

ADRIÁN

¿Cartago?

GONZALO

Os lo aseguro. Cartago.

ANTONIO

Sus palabras hacen más que el arpa milagrosa.

SEBASTIÁN

Levantán la muralla, y aun las casas.

ANTONIO

Ahora, ¿qué imposible se le resistirá?

SEBASTIÁN

Creo que se llevará esta isla en el bolsillo y se la regalará a su hijo cual si fuera una manzana.

ANTONIO

Y sembrando las pepitas en el mar, producirá nuevas islas.

GONZALO

Pues sí.

ANTONIO

Ya era hora.

GONZALO [a ALONSO]

Señor, decíamos que nuestra ropa parece tan nueva ahora como cuando estábamos en Túnez en la boda de vuestra hija, ahora reina.

ANTONIO

La más excelsa que llegó allí.

SEBASTIÁN

Salvo, con perdón, la viuda Dido.

ANTONIO

¿La viuda Dido? ¡Ah, sí, la viuda Dido!

GONZALO

Señor, ¿no está mi jubón tan nuevo como el día en que lo estrené? Bueno, hasta cierto punto.

ANTONIO

Un punto que no ha perdido.

GONZALO

Cuando lo llevé en la boda de vuestra hija.

ALONSO

Me embutís en el oído esas palabras contra mi gana de oírlas. Ojalá nunca hubiera casado a mi hija allá, pues al regreso pierdo a mi hijo y creo que también a ella: vive tan lejos de Italia que nunca volveré a verla. ¡Ah, tú, mi heredero de Nápoles y Milán! ¿Qué extraño pez te ha devorado?

FRANCISCO

Señor, quizá esté vivo. Le vi cómo batía las olas y cabalgaba sobre ellas.

Seguía a flote y rechazaba la embestida de las aguas, afrontando el oleaje.

Su audaz cabeza descollaba sobre olas

en combate y, remando con brazos vigorosos,  
alcanzó la costa, que se inclinaba  
sobre un pie desgastado por el mar  
cual si quisiera ayudarle. Estoy seguro  
de que llegó vivo a tierra.

ALONSO

No, no; nos ha dejado.

SEBASTIÁN

Bien puedes felicitarte por la pérdida.  
A nuestra Europa no favoreciste con tu hija,  
sino que se la echaste a un africano.  
Estará desterrada de tus ojos,  
que ahora tienen buen motivo para el llanto.

ALONSO

Calla, te lo ruego.

SEBASTIÁN

Todos nos postramos ante ti, rogándote  
que desistieras, y hasta la pobre muchacha  
dudaba entre negarse u obedecer,  
de qué lado inclinarse. Me temo que a tu hijo  
lo hemos perdido para siempre. Este asunto  
ha creado más viudas en Milán y Nápoles  
que supervivientes hay para aliviarlas.

La culpa es tuya.

ALONSO

Y también la mayor pérdida.

GONZALO

Mi señor Sebastián,  
a vuestra verdad le falta delicadeza  
y oportunidad. Hurgáis en la herida,  
cuando debierais ponerle una venda.

SEBASTIÁN

Bien dicho.

ANTONIO

Y como un médico.

GONZALO [a ALONSO]

Señor, el estar vos tan sombrío  
nos traerá mal tiempo a todos.

SEBASTIÁN

¿Mal tiempo?

ANTONIO

Espantoso.

GONZALO

Señor, si yo colonizara esta isla...

ANTONIO

La sembraría de ortigas.

SEBASTIÁN

O de malvas o acederas.

GONZALO

... y fuese aquí el rey, ¿qué haría?

SEBASTIÁN

No emborracharse por falta de vino.

GONZALO

En mi Estado lo haría todo al revés  
que de costumbre, pues no admitiría  
ni comercio, ni título de juez;

los estudios no se conocerían, ni la riqueza,  
la pobreza o el servicio; ni contratos,  
herencias, vallados, cultivos o viñedos;  
ni metal, trigo, vino o aceite;  
ni ocupaciones: los hombres, todos ociosos,  
y también las mujeres, aunque inocentes y puras;  
ni monarquía...

SEBASTIÁN

Mas dijo que sería el rey.

ANTONIO

El final de su Estado se olvida del principio.

GONZALO

La naturaleza produciría de todo  
para todos sin sudor ni esfuerzo. Traición,  
felonía, espada, lanza, puñal o máquinas  
de guerra yo las prohibiría: la naturaleza  
nos daría en abundancia sus frutos  
para alimentar a mi pueblo inocente.

SEBASTIÁN

¿Sus súbditos no se casarían?

ANTONIO

No, todos ociosos: todos putas y granujas.

GONZALO

Señor, mi gobierno sería tan perfecto  
que excedería a la Edad de Oro.

SEBASTIÁN

¡Dios salve a Su Majestad!

ANTONIO

¡Viva Gonzalo!

GONZALO

Y.. ¿Me escucháis, señor?

ALONSO

Os lo ruego, basta. No decís nada.

GONZALO

Tenéis razón, Majestad. Lo hacía para darles pie a estos señores, que son de pulmones tan activos y  
sensibles que siempre se ríen por nada.

ANTONIO

Nos reíamos de vos.

GONZALO

Que en esta especie de bobada no soy nada a vuestro lado. Así que seguid riéndoos por nada.

ANTONIO

¡Buen golpe!

SEBASTIÁN

Si hubiera sido con el filo.

GONZALO

Sois hombres de gran temp le. Sacaríais a la luna de su esfera si estuviera en ella cinco semanas sin  
cambiar.

*Entra ARIEL [invisible] tocando una música solemne.*

SEBASTIÁN

Exacto, y con su luz iríamos a cazar pájaros.

ANTONIO

Mi buen señor, no os enfadéis.

GONZALO

No, os aseguro que no arriesgaré mi sensatez por tan poco. ¿Queréis dormirme con la risa, que tengo mucho sueño?

ANTONIO  
Dormid, y oídnos.

*[Se duermen todos menos ALONSO, SEBASTIÁN y ANTONIO.]*

ALONSO  
¡Vaya! ¿Durmiendo tan pronto? Ojalá con mis ojos se cerraran mis pensamientos. Creo que quieren cerrarse.

SEBASTIÁN  
Entonces no desestimes la ocasión. El sueño no acude al dolor; cuando lo hace, consuela.

ANTONIO  
Señor, los dos os protegeremos mientras descanséis, y velaremos por vuestra seguridad.

ALONSO  
Gracias. Este sueño es asombroso.

*[Se duerme ALONSO. Sale ARIEL.]*

SEBASTIÁN  
¡Qué sopor tan extraño los domina!

ANTONIO  
Es el carácter del lugar.

SEBASTIÁN  
¿Y por qué no cierra nuestros párpados? Yo ganas de dormir no tengo.

ANTONIO  
Ni yo. Mi mente está muy despierta. Ellos se han dormido a una, como por consenso, como tumbados por un rayo. ¿Cuál sería, noble Sebastián, cuál sería...? Pero basta. Sin embargo, creo ver en vuestro rostro a aquel que podríais ser. La ocasión os llama y mi viva imaginación ve una corona que desciende sobre vos.

SEBASTIÁN  
¿Estáis despierto?

ANTONIO  
¿No oís lo que digo?

SEBASTIÁN  
Sí, son palabras soñolientas, y habláis en vuestro sueño. ¿Qué decíais? Este reposo es extraño; dormido con ojos abiertos: de pie, hablando, andando y, sin embargo, dormido.

ANTONIO  
Noble Sebastián, dejáis dormir vuestra suerte, o más bien morir. No veis estando despierto.

SEBASTIÁN  
Y vos roncáis muy claro. Vuestros ronquidos

tienen un significado.

ANTONIO

Estoy más serio que de costumbre,  
y vos, si me escucháis, debéis estarlo.  
Hacerlo os encumbrará.

SEBASTIÁN

Seré un remanso.

ANTONIO

Yo os enseñaré a fluir.

SEBASTIÁN

Os lo ruego. Mi indolencia hereditaria  
me lleva a refluir.

ANTONIO

¡Ah, si vierais cómo acariciáis la causa  
mientras la menospreciáis! ¡Cómo al exponerla  
la arropáis aún más! Los que refluyen  
acaban casi en el fondo por culpa  
de su temor o indolencia.

SEBASTIÁN

Continuad. Esos ojos y esa cara  
anuncian que lleváis algo dentro,  
aunque el parto se presenta doloroso.

ANTONIO

Oídmе: aunque este dignatario  
de frágil memoria, de quien se guardará  
tan débil recuerdo cuando esté enterrado,  
casi ha persuadido al rey (él es la persuasión,  
lo suyo es persuadir) de que su hijo aún vive,  
tan imposible es que no se haya ahogado  
como que este durmiente esté nadando.

SEBASTIÁN

De que no se haya ahogado no tengo esperanza.

ANTONIO

¡Ah! De no tenerla nace  
vuestra gran esperanza. Que por ese lado  
no haya esperanza es, por otro, tan alta esperanza  
que ni la propia Ambición la vislumbra  
y aun duda en divisarla. ¿Estáis conmigo  
en que Fernando se ha ahogado?

SEBASTIÁN

Está muerto.

ANTONIO

Entonces, decidme. ¿Quién heredará Nápoles?

SEBASTIÁN

Claribel.

ANTONIO

La actual reina de Túnez, que vive a más  
de una vida de distancia; que de Nápoles  
no tendrá noticias, si el correo no es el sol  
(la luna es muy lenta), hasta que un recién nacido  
tenga barba rasurable; por quien el mar  
nos tragó, aunque a algunos nos ha arrojado,  
y de suerte que actuemos en un drama  
en que el pasado sea el prólogo y la acción  
la ejecutemos vos y yo.

SEBASTIÁN

¿Qué decís? ¿Qué os proponéis?

Sí, la hija de mi hermano es reina de Túnez,  
también heredera de Nápoles, y entre ambos  
media gran distancia.

ANTONIO

Y de ella cada palmo  
parece gritar: «¿Podrá recorrernos Claribel  
para volver a Nápoles? Que siga en Túnez  
y despierte Sebastián.» ¿Y si fuera la muerte  
lo que a éstos ha vencido? No estarían  
peor de lo que están. Hay quien regiría Nápoles  
tan bien como el que duerme, palaciegos  
que hablan tanto y tan superfluo  
como este Gonzalo. Yo enseñaría a una chova  
a hablar igual de sesuda. ¡Ay, si pensarais  
como yo! ¡Cómo os encumbraría  
el sueño de éstos! ¿Me entendéis?

SEBASTIÁN

Creo que sí.

ANTONIO

¿Y cómo responderéis  
a vuestra buena fortuna?

SEBASTIÁN

Recuerdo que vos derrocasteis  
a vuestro hermano Próspero.

ANTONIO

Cierto, y ved qué bien  
me sienta mi ropa; mejor que antes.  
Entonces los criados de mi hermano  
eran mis compañeros; ahora son mis siervos.

SEBASTIÁN

¿Y vuestra conciencia?

ANTONIO

Sí, ¿dónde queda? Si fuera un sabañón,  
me pondría zapatillas, mas mi pecho  
no siente a esa diosa. Veinte conciencias  
que hubiera entre Milán y yo, por mí que se hielen  
y derritan, que no me estorbarán.  
Vuestro hermano duerme. No valdrá más que la tierra  
en la que yace si está como parece, muerto,  
y yo, con este acero, tres pulgadas,  
le haría dormir por siempre, mientras vos,  
haciendo así, los ojos cerraríais in aeternum  
a este viejo bocado, este don Sesudo,  
que no ha de censurar nuestra conducta.  
Los demás lo tragarán como el gato lame leche,  
y en cualquier asunto verán en el reloj  
la hora que nosotros les digamos.

SEBASTIÁN

Vuestro caso, buen amigo,  
será mi precedente: igual que vos Milán,  
yo me haré con Nápoles. Desenvainad: un golpe  
os hará libre del tributo que pagáis  
y yo, el rey, os querré bien.

ANTONIO

Desenvainemos a una, y cuando yo

levante el brazo, hacedlo vos contra Gonzalo.  
SEBASTIÁN  
Ah, otra cosa.

*[Hablan aparte.]*  
*Entra ARIEL [invisible] con música y canción.*

ARIEL  
Mi amo con su magia ve el peligro  
que corres tú, su amigo, y me envía  
(si no, su plan naufraga) para salvaros a todos.

*Canta al oído de GONZALO.*

Mientras yaces ahí roncando,  
la conjura, que ha velado,  
su momento espera.  
Si en algo estimas tu vida,  
sacude el sueño, espabila.  
¡Despierta, despierta!

ANTONIO  
Hagámoslo ya.  
GONZALO *[despertando]*  
¡Los ángeles guarden al rey!

*[Se despiertan los demás.]*

ALONSO  
¿Qué es esto? ¿Despiertos? ¿Por qué habéis  
desenvainado? ¿A qué esa cara de espanto?

GONZALO  
¿Qué ocurre?

SEBASTIÁN  
Estábamos guardando vuestro sueño  
cuando ha resonado un sordo rugido  
como de toros, o más bien de leones.  
¿No te despertó? A mí me hirió el oído.

ALONSO  
Yo no he oído nada.

ANTONIO  
¡El fragor habría despertado a un monstruo,  
causado un terremoto! Seguro que rugió  
una manada de leones.

ALONSO  
¿Lo habéis oído, Gonzalo?

GONZALO  
Os juro, señor, que oí un zumbido,  
y además muy extraño, que me despertó.  
Os sacudí y grité. Cuando abrí los ojos,  
los vi espada en mano. Sí que hubo un ruido,  
es cierto. Más nos vale estar en guardia  
o salir de este lugar. Desenvainemos.

ALONSO  
Id delante, y sigamos buscando a mi pobre hijo.

GONZALO  
¡El cielo le guarde de estas fieras!

Seguro que está en la isla.

ALONSO

Abrid camino.

ARIEL

La orden de Próspero ya la he cumplido.

Tú, rey, ve seguro, y busca a tu hijo.

*Salen.*

II.ii *Entra CALIBÁN con un haz de leña. Se oyen truenos.*

CALIBÁN

¡Que caigan sobre Próspero los miasmas  
que absorbe el sol en marismas y ciénagas  
y le llaguen palmo a palmo! Le maldigo,  
aunque me oigan sus espíritus. Pellizcos  
no me darán, ni sustos sacando duendes,  
ni me arrojarán al barro, ni, cual fuegos fatuos,  
me harán perderme en la noche, si él no lo manda.  
Mas por nada me los echa encima;  
a veces son monos que me chillan, hacen muecas  
y me muerden; otras, erizos que yacen  
enrollados y me levantan las púas  
bajo mi pie descalzo; otras, víboras  
que se me enroscan y que con su lengua hendida  
me vuelven loco a silbidos.

*Entra TRÍNCULO.*

¡Ah, mira! Aquí viene a atormentarme  
otro de sus espíritus, porque tardo  
en llevarle la leña. Me echaré al suelo.  
Quizá no me vea.

TRÍNCULO

Aquí no hay arbusto ni mata en que resguardarse, y ya se cuece otra tormenta; la oigo cantar al viento. Ese nubarrón parece un sucio pellejo de vino pronto a reventar. Si va a tronar como antes, no sé dónde meterme; esa nube se vaciará a cántaros. Pero, ¿qué veo aquí? ¿Un hombre o un pez? ¿Vivo o muerto? Es un pez, huele a pescado; echa un olor rancio, a salazón no muy fresca. ¡Qué pez más raro! Si estuviera en Inglaterra, como ya estuve, pondría un cartel, y no habría tonto de feria que no diera plata por verlo. Allí este monstruo me haría rico; allí cualquier bicho raro hace negocio. No dan un centavo para aliviar a un cojo, pero se gastan diez en ver a un indio muerto. ¡Piernas de hombre! ¡Brazos, y no aletas! ¡Y está caliente! Me vuelvo atrás, me desdigo: esto no es un pez, sino un isleño recién tumbado por un rayo.

*[Truenos.]*

¡Vuelve la tormenta! Me meteré bajo su capa; por aquí no veo otro refugio. A veces la desgracia nos acuesta con extraños compañeros. Me arroparé aquí hasta que se vacíe la tormenta.

*Entra ESTEBAN cantando.*

ESTEBAN

Ya nunca iré a la mar, la mar,  
que en tierra moriré...

Esta canción es infame para un funeral. Bueno, éste es mi consuelo.

*Bebe [y después] canta.*

Piloto, grumete, mozo, capitán,  
artillero y yo  
queremos a Mara, María y Marián,  
pero a Catia no,  
pues maldice al hombre de mar  
y le grita: «¡Muérete ya!»  
De brea o alquitrán no soporta el olor,  
mas deja que el sastre le rasque el picor.  
Conque, ¡al barco, amigos, y muérase ya!

Esta canción también es infame, pero éste es mi consuelo.

*Bebe.*

CALIBÁN

¡No me atormentes! ¡Ah!

ESTEBAN

¿Qué pasa aquí? ¿Hay demonios? ¿Quién nos embauca con salvajes y con indios? ¿Eh? No me he salvado de ahogarme para que ahora me asusten tus cuatro patas, pues, como bien dicen, porque tengas cuatro patas no me harás salir por pies; y lo dirán mientras Esteban respire.

CALIBÁN

¡Me atormenta este espíritu! ¡Ah!

ESTEBAN

Éste es un monstruo isleño de cuatro patas que, por lo visto, tiene calentura. ¿Dónde diablos habrá aprendido nuestra lengua? Aunque sólo sea por eso, voy a darle algún alivio. Si logro curarlo y amansarlo, y vuelvo a Nápoles con él, será un regalo para cualquier emperador que camine sobre cuero.

CALIBÁN

¡No me atormentes, te lo ruego! Traeré la leña más deprisa.

ESTEBAN

Está delirando y no habla con mucho tino. Voy a darle un trago. Si nunca ha bebido vino, casi le quitará la calentura. Si logro curarlo y amansarlo, no cobraré mucho por él; pero quien lo compre, pagará, y bien.

CALIBÁN

Aún no me haces mucho daño, pero por tu temblor sé que lo harás. Próspero actúa sobre ti.

ESTEBAN

Vamos, abre la boca: esto resucita a un muerto. Abre la boca: esto quita los temblores, te lo digo yo, y bien. Tú no conoces a tus amigos: vuelve a abrir esas quijadas.

TRÍNCULO

Esa voz la conozco. Es la de... No; se ahogó, y éstos son demonios. ¡Socorro!

ESTEBAN

Cuatro patas y dos voces. ¡Qué primor de monstruo! La voz delantera es para hablar bien de su amigo, y la trasera, para maldecir y renegar. Si para curarse necesita todo el vino, yo se lo daré. ¡Toma! Ya basta. Ahora se lo echaré por la otra boca.

TRÍNCULO

¡Esteban!

ESTEBAN

¿Me llama la otra boca? ¡Piedad, piedad! ¡No es un monstruo, es el diablo! Me voy, que no sé atarlo.

TRÍNCULO

¡Esteban! Si tú eres Esteban, tócame y háblame, que soy Trínculo. No tengas miedo: tu buen amigo Trínculo.

ESTEBAN

Si eres Trínculo, sal. Te sacaré por las piernas más cortas; si algunas son de Trínculo, son éstas. ¡El mismísimo Trínculo! ¿Cómo has llegado a ser excremento de este aborto? ¿Es que puede evacuar Trínculos?

TRÍNCULO

Creí que lo había tumbado un rayo. Pero, Esteban, ¿no te ahogaste? Espero que no seas un ahogado. ¿Ha escampado? Me metí bajo la capa del monstruo por miedo a la tormenta. ¿Y estás vivo, Esteban? ¡Ah, Esteban! ¡Dos napolitanos a salvo!

ESTEBAN

Oye, no me hagas dar vueltas, que mi estómago no aguanta.

CALIBÁN [*aparte*]

Si no son espíritus, son seres superiores. Éste es un gran dios y lleva licor celestial. Me postraré ante él.

ESTEBAN

¿Cómo te salvaste? ¿Cómo has llegado hasta aquí? Jura por esta botella cómo has llegado (yo me salvé sobre un barril de jerez que tiraron por la borda); jura por esta botella: la hice yo mismo con la corteza de un árbol desde que llegué a tierra.

CALIBÁN

Juro por tu botella que seré tu siervo fiel, pues el licor no es terrenal.

ESTEBAN

Vamos, jura cómo te salvaste.

TRÍNCULO

Hombre, nadando como un pato. Sé nadar como un pato, lo juro.

ESTEBAN

Vamos, besa la Biblia. [*Le pasa la botella.*] Aunque nades como un pato, estás hecho un ganso.

TRÍNCULO

¡Ah, Esteban! ¿Te queda más de esto?

ESTEBAN

¡El barril entero, hombre! Mi bodega está en una cueva, en las rocas, y allí se esconde el vino. - ¿Qué hay, aborto? ¿Qué tal tu calentura?

CALIBÁN

¿No has caído del cielo?

ESTEBAN

De la luna, te lo juro. Érase una vez un hombre en la luna, y era yo.

CALIBÁN

He visto tu cara en ella, y te adoro. Mi ama me la enseñó, y tu perro y tu espino.

ESTEBAN

Vamos, júralo; besa esta Biblia. En seguida le amplío el contenido. Jura.

[*Bebe CALIBÁN.*]

TRÍNCULO

¡Luz del cielo, qué monstruo más tonto! ¿Yo tenerle miedo? ¡Será bobo el monstruo! ¿Un hombre en la luna? ¡El monstruo es de lo más crédulo! - Buen trago, monstruo, de veras.

CALIBÁN

Te enseñaré cada palmo fértil de la isla y te besaré los pies. Te lo ruego, sé mi dios.

TRÍNCULO

¡Luz del cielo! El monstruo es pérfido y borracho. Cuando duerma su dios, le quitará la botella.

CALIBÁN

Te besaré los pies. Juro que seré tu siervo.

ESTEBAN

Muy bien. ¡Al suelo, y jura!

TRÍNCULO

Me matará de la risa este monstruo cara-perro. ¡Qué granuja de monstruo! Le daría una paliza...

ESTEBAN

Vamos, besa.

TRÍNCULO

... si no es porque está borracho. ¡Vaya un monstruo abominable!

CALIBÁN

Verás las mejores fuentes, te cogeré bayas,  
pescaré para ti y te traeré mucha leña.  
¡Mala peste al tirano de mi amo!

No le llevaré una astilla; te serviré a ti,  
ser maravilloso.

TRÍNCULO

¡Qué monstruo más absurdo! ¡Llamar maravilla a un pobre borracho!

CALIBÁN

Deja que te lleve donde crecen las manzanas;  
te sacaré criadillas de tierra con las uñas,  
te enseñaré nidos de arrendajo y verás  
cómo se atrapa al rápido tití. Te llevaré  
donde hay avellanas a racimos y te traeré  
polluelos de la roca. ¿Querrás venir conmigo?

ESTEBAN

Anda, llévanos y no hables más. - Trínculo, ahogados el rey y su séquito, tomamos el mando nosotros. -

Tú, toma, lleva la botella. - Amigo Trínculo, en seguida la llenamos.

CALIBÁN, *canta borracho*

Adiós, amo, adiós, adiós.

TRÍNCULO

Un monstruo chillón, un monstruo borracho.

CALIBÁN [*canta*]

No haré presas para el pez,  
ni traeré leña  
porque él quiera,  
ni más platos fregaré.  
Ban, ban, Ca-Calibán  
tiene otro amo. - ¡Busca a otro ya!  
¡Libertad, fiesta! ¡Fiesta, libertad! ¡Libertad, fiesta, libert ad!

ESTEBAN

¡Qué gran monstruo! - Llévanos.

*Salen.*

III.i *Entra FERNANDO cargado con un leño.*

FERNANDO

Hay juegos fatigosos, mas el esfuerzo  
destaca el placer que nos dan; algunas bajezas  
se soportan noblemente, y lo más pobre  
acaba en riqueza. Mi humilde labor  
me sería enojosa y detestable  
si no fuera por mi amada, que da vida  
a lo muerto y placer a mis trabajos.  
Ah, ella es diez veces más dulce que su padre,  
agrio y hecho de aspereza. Cumpliendo  
su dura orden, he de llevar varios miles  
de estos leños y apilarlos. Mi amada llora  
de verme trabajar y dice que esta servidumbre  
nunca tuvo tal criado. Me entretengo;  
mis gratos pensamientos me reaniman,  
y más activo estoy si me distraigo.

*Entran MIRANDA, y PRÓSPERO [sin ser visto].*

MIRANDA

¡Ah, te lo suplico,  
no trabajes tanto! ¡Así fulminase el rayo,  
esa leña que debes apilar!  
Anda, déjala en el suelo y descansa.

Cuando arda, llorará por haberte fatigado.  
Mi padre está con sus estudios. Anda, descansa.  
Estarás a salvo de él tres horas.

FERNANDO

Mi dulce amada, se pondrá el sol  
sin que yo haya cumplido mi tarea.

MIRANDA

Siéntate y, mientras, yo llevaré la leña.  
Anda, dame eso; yo lo llevo al montón.

FERNANDO

No, celestial criatura. Me romperé  
las fibras y me partiré la espalda  
antes que por mi holganza tú te humilles.

MIRANDA

Tan propio sería de mí como de ti,  
y yo lo haría con más facilidad,  
pues mi ánimo es propicio, y el tuyo, adverso.

PRÓSPERO [*aparte*]

¡Pobre gusanito! Ya estás infectada.  
Tu visita lo demuestra.

MIRANDA

Estás cansado.

FERNANDO

No, noble amada: para mí sería la aurora  
si de noche estuvieras a mi lado. Y ahora, dime,  
para que pueda nombrarte cuando rezo.  
¿Cómo te llamas?

MIRANDA

Miranda. - ¡Ah, padre!  
¡He violado tu orden al decirlo!

FERNANDO

¡Admirable Miranda,  
cumbre de toda admiración, que vales  
lo que el mundo más estima! He mirado  
a muchas damas bien atento, y muchas veces  
la armonía de su voz ha cautivado  
mis ávidos oídos. Por diversas virtudes  
me han gustado diversas mujeres; ninguna  
con tal ceguera que no viese algún defecto  
en ríña con sus más nobles encantos  
hasta dejarlos vencidos. Pero tú, ¡ah, tú!,  
tan perfecta y sin par, fuiste creada  
de las bondades de todas.

MIRANDA

No conozco a nadie de mi sexo,  
ni recuerdo un rostro de mujer, salvo el mío  
en el espejo; y que pueda llamar hombres,  
yo no he visto más que a ti, buen amigo,  
y a mi padre. Ignoro cuál sea la figura  
de otras gentes, mas, por mi pureza,  
joya de mi dote, en el mundo no deseo  
más compañero que tú; y a ninguno  
puede dar forma la imaginación  
que me guste más que tú. Pero hablo  
demasiado, y no obedezco  
los preceptos de mi padre.

FERNANDO

Por mi estado soy príncipe, Miranda,  
quizá rey (ojalá no), y no menos me repugna  
esta servidumbre de leñero que dejar  
que la moscarda mancille mi boca. Te hablo  
con el alma: apenas te vi, mi corazón  
fue volando a tu servicio, en el que permanece  
hasta hacer de mí un esclavo. Por ti  
soy un leñero tan sufrido.

MIRANDA

¿Me quieres?

FERNANDO

¡Cielos, tierra! Dad fe de mis palabras  
y, si digo la verdad, premiad con buen suceso  
cuanto afirmo; si miento, traed  
el mal a lo mejor de mi futuro:  
más allá de los límites del mundo  
yo te quiero, estimo y venero.

MIRANDA

Soy tonta llorando por lo que me alegra.

PRÓSPERO [*aparte*]

¡Qué bella unión de excelsos amores!  
¡El cielo derrame gracia  
sobre lo que nace entre ellos!

FERNANDO

¿Por qué lloras?

MIRANDA

Por mi insignificancia. No me atrevo  
a ofrecer lo que deseo dar, y menos a tomar  
lo que perder me mataría. Pero es inútil:  
cuanto más procura ocultarse,  
más se ve el bulto. ¡Basta de melindres!  
¡Hable por mí la franca y santa inocencia!  
Si te casas conmigo, soy tu esposa;  
si no, moriré tu doncella. Puedes negarte  
a que sea tu compañera, mas, quieras o no,  
seré tu sierva.

FERNANDO

Mi dueña, querida mía,  
y yo ahora y siempre a tus pies.

MIRANDA

¿Entonces, esposo?

FERNANDO

Sí, y deseándolo tanto  
como el esclavo ser libre. Mi mano.

MIRANDA

La mía, y en ella el corazón. Y ahora,  
adiós y hasta muy pronto.

FERNANDO

¡Mil adioses, mil!

*Salen.*

PRÓSPERO

No puedo estar tan contento como ellos,  
que están maravillados, mas mi alegría

no puede ser mayor. Vuelvo a mi libro,  
pues antes de la cena he de ocuparme  
de asuntos pertinentes.

*Sale.*

III.ii *Entran* CALIBÁN, ESTEBAN y TRÍNCULO.

ESTEBAN [*a* TRÍNCULO]

Tú calla. Cuando se acabe el barril, beberemos agua. Antes, ni una gota. Conque, ¡al abordaje! - ¡Siervo-monstruo, bebe a mi salud!

TRÍNCULO

¡Siervo-monstruo! ¡La quimera de la isla! Dicen que sólo somos cinco en esta isla: tres, nosotros. Como los otros dos tengan nuestras luces, el país se tambalea.

ESTEBAN

Siervo-monstruo, tú bebe cuando te lo diga. Los ojos se te han metido en la cabeza.

TRÍNCULO

¿Dónde los va a tener metidos? ¡Menudo monstruo sería si los tuviera en el rabo!

ESTEBAN

Mi siervo-monstruo tiene la lengua ahogada en jerez. Pero a mí no me ahogó el mar: antes de llegar a tierra nadé treinta y cinco leguas de acá para allá, lo juro. - Tú serás mi teniente, monstruo, o mi alférez.

TRÍNCULO

Será alférez, que tenerse no se tiene.

ESTEBAN

No vamos a huir, *monsieur* Monstruo.

TRÍNCULO

Ni tampoco a andar, pero tú estarás tirado como un perro, y sin ladrar.

ESTEBAN

¡Eh, aborto! Si eres un buen aborto, habla por una vez en tu vida.

CALIBÁN

¿Cómo estás, Alteza? Deja que te lama el zapato. A éste no le serviré, que no es valiente.

TRÍNCULO

¡Mentira, monstruo ignorante! Estoy para zurrarle a un alguacil. Tú, pez borracho, tú, ¿cuándo hubo cobarde que bebiera tanto vino como hoy yo? ¿Cómo dices mentira tan monstruosa siendo sólo medio pez y medio monstruo?

CALIBÁN

¡Mira cómo se ríe de mí! ¿Lo vas a permitir, señor?

TRÍNCULO

¿Ha dicho «señor»? ¡Habría monstruo más idiota!

CALIBÁN

¡Mira, otra vez! Anda, mávalo a mordiscos.

ESTEBAN

Trínculo, no seas ligero de lengua. Si te amotinas, ¡al primer árbol! El pobre monstruo es mi siervo, y no sufrirá indignidad.

CALIBÁN

Gracias, noble señor. ¿Tienes a bien volver a oír mi petición?

ESTEBAN

¡Pues, claro! Repítela de rodillas. Yo sigo de pie, y también Trínculo.

*Entra* ARIEL, *invisible*.

CALIBÁN

Como te he dicho, soy siervo de un tirano, un mago que me ha afanado la isla con su arte.

ARIEL

¡Mentiroso!

CALIBÁN [*a* TRÍNCULO]

¡Mentiroso tú, mono bufón! ¡Así te mate mi valiente amo! Yo no miento.

ESTEBAN  
Trínculo, como le interrumpas otra vez, te juro que te arranco algunos dientes.

TRÍNCULO  
¡Si no he dicho nada!

ESTEBAN  
Entonces silencio y basta. - Sigue.

CALIBÁN  
Digo que logré esta isla con su magia;  
me la quitó. Si tiene a bien Tu Alteza  
tomar venganza en él... Porque tú te atreves,  
y éste, no.

ESTEBAN  
Claro que sí.

CALIBÁN  
Tú serás su dueño, y yo te serviré.

ESTEBAN  
¿Y eso cómo se hace? ¿Puedes llevarme hasta esa persona?

CALIBÁN  
Claro, señor. Te lo mostraré dormido,  
y podrás meterle un clavo en la cabeza.

ARIEL  
¡Embustero! No podrás.

CALIBÁN  
¡Vaya un colorines! ¡Bufón asqueroso!  
Suplico a Tu Alteza que le des de palos  
y le quites la botella. Cuando no la tenga,  
que beba agua de mar, porque yo  
no le enseñaré los manantiales.

ESTEBAN  
Trínculo, no te busques más peligros. Interrumpe otra vez al monstruo, y te juro que, sin más lástima, te  
dejo como un bacalao.

TRÍNCULO  
Pero, ¿qué he hecho? ¡Si no he hecho nada! Voy a apartarme.

ESTEBAN  
¿No le has llamado embustero?

ARIEL  
¡Embustero!

ESTEBAN  
¿Ah, sí? ¡Pues toma! *[Le pega a TRÍNCULO.]* Si te ha gustado, vuelve a decirme embustero.

TRÍNCULO  
¡Yo no te he dicho embustero! ¿No tienes seso ni oído? ¡Maldita botella! Todo viene del jerez y del  
trincar. ¡Mala peste al monstruo y el diablo se lleve tus dedos!

CALIBÁN  
¡Ja, ja, ja!

ESTEBAN  
Ahora sigue con tu historia. - Tú apártate más.

CALIBÁN  
Pégale bien, que dentro de un rato  
yo también le pegaré.

ESTEBAN  
Más lejos. - Vamos, continúa.

CALIBÁN  
Como te he dicho, tiene por costumbre  
dormir la siesta. Ahí le chafas los sesos  
tras quitarle sus libros; o le aplastas el cráneo

con un leño, o con una estaca lo destripas,  
o con tu cuchillo le cortas el gaznate.  
Primero hazte con sus libros, que, sin ellos,  
es tan tonto como yo, y no tendrá  
ni un espíritu a sus órdenes: le odian todos  
tan mortalmente como yo. Quémale los libros.  
Tiene finos enseres (así los llama él)  
para, cuando tenga casa, componerla.  
Y lo que más has de tener presente  
es la belleza de su hija. Él mismo  
la llama «sin par». No he visto a más mujer  
que a Sícorax, mi madre, y a ella;  
pero ella aventaja tanto a Sícorax  
como lo más a lo menos.

ESTEBAN

¿Tan hermosa es?

CALIBÁN

Sí, mi señor. Le vendrá bien a tu cama,  
y te dará buena prole.

ESTEBAN

Monstruo, voy a matar a ese hombre. Su hija y yo seremos rey y reina (¡Dios salve a los reyes!), y Trínculo y tú seréis virreyes. - ¿Qué te parece el arreglo, Trínculo?

TRÍNCULO

Formidable.

ESTEBAN

Dame la mano. Siento haberte pegado. Pero, mientras vivas, no seas ligero de lengua.

CALIBÁN

Dentro de media hora dormiré.

¿Le matarás entonces?

ESTEBAN

Te lo juro por mi honor.

ARIEL

Se lo contaré a mi amo.

CALIBÁN

Me das alegría. Estoy muy contento.

¡Venga regocijo! ¿Queréis cantar ese canon  
que me acabáis de enseñar?

ESTEBAN

A petición tuya, monstruo, cualquier cosa justa. Vamos, Trínculo. ¡A cantar!

*Canta.*

Búrlate y mófate,

y ríete y búrlate.

Pensar es libre.

CALIBÁN

Ésa no es la música.

*ARIEL toca la canción con flauta y tamboril.*

ESTEBAN

¿Qué es esto?

TRÍNCULO

La música de nuestra canción, tocada por don Nadie.

ESTEBAN

Si eres hombre, muéstrate como tal. Si eres un diablo, como quieras.

TRÍNCULO

¡Ah, perdona mis pecados!

ESTEBAN

Quien muere paga sus deudas. ¡Te desafío! - ¡Misericordia!

CALIBÁN

¿Tienes miedo?

ESTEBAN

No, monstruo, qué va.

CALIBÁN

No temas; la isla está llena de sonidos  
y músicas suaves que deleitan y no dañan.  
Unas veces resuena en mi oído el vibrar  
de mil instrumentos, y otras son voces  
que, si he despertado tras un largo sueño,  
de nuevo me hacen dormir. Y, al soñar,  
las nubes se me abren mostrando riquezas  
a punto de lloverme, así que despierto  
y lloro por seguir soñando.

ESTEBAN

Para mí esto va a ser un gran reino: tendré música gratis.

CALIBÁN

Después de matar a Próspero.

ESTEBAN

Eso será en seguida. No olvido tu historia.

TRÍNCULO

El sonido se aleja. Sigámoslo, y después, manos a la obra.

ESTEBAN

Guíanos, monstruo, te seguimos. Ojalá viera al tamborilero. Toca con garbo.

TRÍNCULO

¿Vienes? Voy contigo, Esteban.

*Salen.*

III.iii *Entran* ALONSO, SEBASTIÁN, ANTONIO, GONZALO, ADRIÁN, FRANCISCO, *etc.*

GONZALO

¡Válgame! No puedo seguir, señor; me duelen  
mis viejos huesos. ¡Buen laberinto llevamos  
de sendas derechas y quebradas! Permitidme;  
debo descansar.

ALONSO

Anciano, no puedo reprochároslo:  
también a mí me vence la fatiga  
y me embota los sentidos. Sentaos y descansad.  
Desde ahora abandono mi esperanza  
y no dejo que me halague. Se ahogó  
el que buscábamos errantes, y el mar se ríe  
de nuestra búsqueda en tierra. ¡Resignación!

ANTONIO [*aparte a SEBASTIÁN*]

Me alegro de que esté sin esperanzas.  
Porque se haya frustrado, no desistas  
de llevar a cabo tu proyecto.

SEBASTIÁN [*aparte a ANTONIO*]

En la próxima ocasión, y sin reservas.

ANTONIO [*aparte a SEBASTIÁN*]

Que sea esta noche.  
Si están extenuados del camino,

no querrán ni podrán mantener la vigilancia  
como cuando están despiertos.

SEBASTIÁN [*aparte a ANTONIO*]  
Pues esta noche. Ya basta.

*Música extraña y solemne, y [entra] PRÓSPERO en lo alto, invisible.*

ALONSO

¿Qué es esta armonía? Amigos míos, escuchad.

GONZALO

Una música dulcísima.

*Entran diversas figuras extrañas trayendo un banquete; bailan a su alrededor con  
gentiles saludos, invitando al rey, etc., a comer, y salen.*

ALONSO

¡Cielos, danos ángeles custodios! ¿Qué eran éstos?

SEBASTIÁN

¡Títeres vivientes! Ahora creeré  
que existe el unicornio, que en Arabia  
hay un árbol, el trono del fénix, y que en él  
en este instante reina un fénix.

ANTONIO

Yo me creeré ambas cosas.  
Y si a lo demás no dan crédito, que vengan  
y les juraré que es verdad. Los viajeros  
nunca engañan, aunque los tontos los condenen.

GONZALO

Si contara esto en Nápoles, ¿quién me creería?  
Si dijera que vi a estos isleños...,  
pues sin duda son gentes de esta isla,  
que, aunque no tengan figura de hombres,  
han sido más afables y corteses  
que muchos que veréis de nuestro género humano;  
vamos, más que casi todos.

PRÓSPERO [*aparte*]

Mi noble señor,  
dices bien: algunos de los presentes  
sois peores que diablos.

ALONSO

No deja de asombrarme  
el que esas figuras, con gestos y sonidos,  
y sin tener el uso del habla,  
se expresaran tan bien en lengua muda.

PRÓSPERO [*aparte*]

Los elogios, al final.

FRANCISCO

Se esfumaron misteriosamente.

SEBASTIÁN

No importa, pues se han dejado  
las viandas, y tenemos apetito. –  
¿Quieres probar lo que hay aquí?

ALONSO

No.

GONZALO

Señor, no temáis. Cuando éramos niños,

¿quién habría creído que hubiera montañeses  
papudos como toros, con bolsas de carne  
colgándoles del garguero, y hombres  
con la cabeza saliéndoles del pecho?

Pues ahora los viajeros de cinco por uno nos traen buenas pruebas .

ALONSO

En fin, me pondré a comer, aunque sea  
mi última comida. No importa; para mí  
lo bueno ya pasó. Hermano, mi señor duque,  
poneos a comer como yo.

*Truenos y relámpagos.*

*Entra ARIEL en forma de arpía, aletea sobre la mesa, y mediante un artificio desaparece el banquete.*

ARIEL

Sois tres pecadores, a los que el destino,  
de quien es instrumento este mundo  
y cuanto hay en él, ha dispuesto que el mar  
insaciable os arroje a esta isla,  
no habitada por el hombre, a vosotros,  
indignos de vivir entre los hombres.  
Os he enfurecido, y con un furor tal  
que lleva a los hombres a ahogarse y ahorcarse.

*[Desenvainan ALONSO, SEBASTIÁN y ANTONIO.]*

¡Necios! Mis compañeros y yo somos  
agentes del destino. Los elementos

que templaron vuestras armas igual pueden  
herir al bronco viento o con bufas estocadas  
matar el agua, que al punto se cierra,  
que dañar un pelo de mis plumas. Mis hermanos  
son igual de invulnerables. Aun pudiendo herir,  
vuestro acero es muy pesado para vuestras fuerzas  
y no podéis alzarlo. Recordad,  
pues éste es mi mensaje, que los tres  
expulsasteis de Milán al buen Próspero  
y expusisteis al mar, que ya se ha desquitado,  
a él y a su inocente hija. Por esta infamia,  
los dioses, que aplazan, mas no olvidan,  
han inflamado a orillas y mares, y a todos  
los seres contra vuestra paz. A ti, Alonso,  
te han quitado a tu hijo y te anuncian por mi boca  
que una lenta perdición, peor que cualquier  
muerte brusca, habrá de acompañar  
todos tus pasos. Para guardaros de su ira,  
que en esta isla desolada caería  
sobre vosotros, sólo os queda el pesar  
y, desde ahora, una vida recta.

*Desaparece con un trueno. Al son de una música suave vuelven a entrar las figuras,  
bailan con muecas y visajes y [salen] llevándose la mesa.*

PRÓSPERO *[aparte]*

El papel de arpía, mi Ariel, lo has hecho perfecto; tenía una gracia arrebatadora. De cuanto te he ordenado que dijeras, nada has omitido, y mis espíritus menores han actuado muy al vivo y con primoroso esmero. Mis conjuros han obrado y mis enemigos están todos en la red de su extravío. Están en mi poder. Los dejaré en su trastorno, mientras veo a Fernando, a quien suponen ahogado, y a nuestra amada Miranda.

*[Sale.]*

GONZALO

En nombre de todo lo sagrado, señor,  
¿por qué os quedáis estupefacto?

ALONSO

¡Ah, es espantoso, espantoso! Creí que las olas me hablaban y me lo decían, que el viento me lo cantaba y que el trueno, ese órgano grave y tremendo, pronunciaba el nombre de Próspero; mi crimen retumbaba. Por él está mi hijo en el fondo cenagoso. Le buscaré donde no alcance la sonda y con él yaceré en el fango.

*Sale.*

SEBASTIÁN

Si vienen uno a uno,  
lucharé contra todos los demonios.

ANTONIO

Y yo os secundaré.

*Salen [SEBASTIÁN y ANTONIO].*

GONZALO

Los tres están alterados. Su gran culpa, cual veneno que actuase retardado, comienza a remorderles. Os lo ruego, vosotros que sois más ágiles, id tras ellos e impedid cualquier acción a que les lleve su demencia.

ADRIÁN

¡Vamos, seguidme!

*Salen todos.*

IV.i *Entran PRÓSPERO, FERNANDO y MIRANDA.*

PRÓSPERO

Si te he impuesto un castigo tan penoso, tu recompensa lo repara, pues te he dado un tercio de mi vida, la razón por la que vivo. De nuevo

te la doy. Todas tus penalidades  
sólo han sido una prueba de tu amor,  
y tú la has superado a maravilla.  
Ante el cielo ratifico mi regalo.  
¡Ah, Fernando! No sonrías si la enaltezco,  
pues verás que rebasa todo elogio  
y lo deja sin aliento.

FERNANDO

Lo creería más que un oráculo.

PRÓSPERO

Entonces, cual presente y como bien  
dignamente conquistado, toma a mi hija.  
Mas si rompes su nudo virginal  
antes que todas las sagradas ceremonias  
se celebren según el santo rito,  
el hisopo del cielo no bendecirá  
vuestra unión: el estéril odio,  
el torvo desdén y la discordia cubrirán  
vuestro lecho de tan malas hierbas  
que ambos lo odiaréis. Así que ten cuidado  
y la luz de Himeneo os ilumine.

FERNANDO

Como espero días de paz, hermosa descendencia  
y larga vida con amor como el que siento,  
ni el antro más oscuro, ni el lugar más propicio,  
ni la mayor tentación de nuestra carne  
cambiará mi honor en lujuria, quitándome  
la dicha de la celebración, cuando piense  
que se han desplomado los corceles de Febo  
o que la Noche yace encadenada.

PRÓSPERO

Hermosas palabras. Entonces,  
siéntate y habla con ella; tuya es. –  
¡Ariel! ¡Ariel, siervo laborioso!

*Entra ARIEL.*

ARIEL

Aquí estoy. ¿Qué desea mi poderoso amo?

PRÓSPERO

Tus hermanos menores y tú cumplisteis  
muy bien vuestro papel y ahora he de emplearos  
en artificio semejante. Trae a la cuadrilla  
sobre la cual te he dado autoridad.  
Haz que acudan pronto: voy a ofrecer  
a los ojos de esta joven pareja  
alguna muestra de mi magia. Se lo prometí  
y ellos lo esperan.

ARIEL

¿Ahora mismo?

PRÓSPERO

En el acto.

ARIEL

Antes que digas «ven ya»,  
respires, grites «quizás»,  
en su danza, cada cual

con muecas acudirá.  
Me quieres, amo, ¿verdad?

PRÓSPERO

Con el alma, primoroso Ariel.  
No vengas hasta que te llame.

ARIEL

Entendido.

*Sale.*

PRÓSPERO

Cumple tu palabra. No des rienda suelta  
a los retozos. El más firme juramento es paja  
para el fuego de la carne. Refrénate,  
que, si no, adiós a tu promesa.

FERNANDO

Os aseguro que la fría  
nieve virginal que hay en mi pecho  
entibia mi ardor.

PRÓSPERO

Bien. - Ven ya, mi Ariel. Trae espíritus de más  
antes que pocos. ¡Muéstrate, pronto! –  
¡Callen lenguas! ¡Miren ojos! ¡Silencio!

*Música suave.*

*Entra IRIS.*

IRIS

Ubérrima Ceres, tus campos de avena,  
de trigo, centeno, cebada y arveja;  
tus verdes montañas, donde ovejas pacen,  
tus prados, que a ellas regalan forraje;  
tus frescas riberas, de guardados bordes,  
que el pluvioso abril adorna a tu orden,  
para que las ninfas se trencen coronas;  
y tus sotos, que al amante ofrecen sombra  
cuando es rechazado; tus podadas viñas,  
y tus costas, tan rocosas y baldías,  
en las que te oreas; todo esto deja.  
Te lo manda Juno, de quien mensajera  
y arco iris soy. Con Su Majestad,  
aquí, en la majada, en este lugar,  
únete al festejo.

*JUNO aparece en el aire.*

Sus pavones vuelan.  
Acércate, Ceres; disponte a acogerla.

*Entra CERES [representada por ARIEL].*

CERES

Salud a ti, emisaria de colores,  
que obedeces siempre a la esposa de Jove;  
que en mis flores dejas, con doradas alas,  
tus gotas de miel y tu lluvia mansa;

que coronas con cada extremo del arco  
mis tierras boscosas y mis cerros áridos  
cual regio cendal. ¿Por qué tu Señora  
sobre este suave césped me convoca?

IRIS

Para que festejes un pacto de amor  
y les hagas generosa donación  
a los amantes.

CERES

Celeste arco, dime:  
¿Sabes si aún Venus o Cupido sirven  
a tu excelsa reina? Desde que su intriga  
hizo que Plutón raptase a mi hija,  
yo siempre he evitado su vil sociedad  
y a su ciego hijo.

IRIS

Pues no sufrirás  
por su compañía. Yo vi a esa deidad  
y con ella al hijo en carro de palomas  
volar hacia Pafos. Tramaban ahora  
un ardiente hechizo contra estos amantes,  
que el lecho amoroso no han de gozar antes  
que brille Himeneo. Mas todo fue en vano:  
la sensual amada de Marte ha tornado,  
su vehemente hijo sus flechas ya rompe,  
pues ahora jugará con gorriones  
y sólo será un niño.

*[Desciende JUNO.]*

CERES

Se acerca ya  
la gran reina Juno; conozco su andar.

JUNO

¿Cómo está mi generosa hermana? Ven,  
bendigamos la pareja, para que,  
prósperos, los honre su progenie.

*Cantan.*

¡Honra, bienes, bendición,  
larga vida, sucesión,  
nunca dicha os abandone!  
Juno os canta bendiciones.

[CERES]

Pingües frutos y cosechas  
y las trojes siempre llenas,  
vides de racimos densos,  
plantas curvadas del peso.  
¡Que os llegue la primavera  
al final de la cosecha!  
La escasez os rehuirá,  
Ceres os bendecirá.

FERNANDO

Una visión majestuosa

y de armonioso hechizo. ¿Debo pensar que estoy ante espíritus?

PRÓSPERO

Espíritus, que con mi arte saqué de su morada para representar mi fantasía.

FERNANDO

Dejad que por siempre viva aquí.  
Un padre tan prodigioso y tal esposa hacen del lugar un paraíso.

*JUNO y CERES musitan, y mandan a IRIS a un recado.*

PRÓSPERO

Silencio, amigo. Juno y Ceres musitan muy serias. Se ve que falta alguna cosa. No hables ahora, que, si no, se deshace el sortilegio.

IRIS

Náyades o ninfas de undosos arroyos, diademas de juncos e inocentes ojos, dejad el murmullo, acudid al prado. Os convoca Juno; ella lo ha ordenado. Venid, castas ninfas; celebremos todas un pacto de amor. Venid sin demora.

*Entran varias ninfas.*

Curtidos segadores, hartos de agosto, dejad ya las mieses y venid gozosos. Haced fiesta; vuestros sombreros de paja llevad, y a una ninfa en rústica danza tomad por pareja.

*Entran varios segadores convenientemente vestidos. Se unen a las ninfas en graciosa danza, hacia cuyo fin PRÓSPERO de pronto se sobresalta y habla.*

PRÓSPERO

Me olvidaba de la infame conjura contra mi vida de la bestia Calibán y sus confabulados. Ya se acerca el momento de su intriga. - Muy bien, marchaos. Ya basta.

*Con un ruido extraño, sordo y confuso [los espíritus] desaparecen apenados.*

FERNANDO

Es extraño. A tu padre le conturba el ánimo alguna emoción.

MIRANDA

Nunca le había visto tan airado y descompuesto.

PRÓSPERO

Te veo preocupado, hijo mío, y como abatido. Recobra el ánimo. Nuestra fiesta ha terminado. Los actores, como ya te dije, eran espíritus y se han disuelto en aire, en aire leve,

y, cual la obra sin cimientos de esta fantasía,  
las torres con sus nubes, los regios palacios,  
los templos solemnes, el inmenso mundo  
y cuantos lo hereden, todo se disipará  
e, igual que se ha esfumado mi etérea función,  
no quedará ni polvo. Somos de la misma  
sustancia que los sueños, y nuestra breve vida  
culmina en un dormir. Estoy turbado.  
Disculpa mi flaqueza; mi mente está agitada.  
No te inquiete mi dolencia. Si gustas,  
retírate a mi celda y reposa.  
Pasaré un momento por calmar mi ánimo excitado.  
FERNANDO y MIRANDA  
Os deseamos paz.

*Salen.*

PRÓSPERO  
¡Ven al instante! Gracias, Ariel. Ven.

*Entra ARIEL.*

ARIEL  
Me debo a tus pensamientos. ¿Qué deseas?

PRÓSPERO  
Espíritu, hay que enfrentarse a Calibán.

ARIEL  
Sí, mi señor. Cuando hacía de Ceres  
pensé decírtelo, pero temí  
que te enojases.

PRÓSPERO  
Repíteme dónde dejaste a esos granujas.

ARIEL  
Te dije que estaban inflamados de beber,  
tan envalentonados que herían el aire  
por soplarles en la cara, y el suelo  
por tocarles los pies, aunque siempre  
persistiendo en su objetivo. Toqué mi tamboril,  
y ellos, cual potrillos, aguzaron las orejas,  
abrieron los párpados y alzaron la nariz  
como si olieran música. Les embrujé el oído,  
y ellos, cual terneros, siguieron mi mugir  
por zarzas, espinos y aliagas pinchosas  
que se clavaban en sus tiernos tobillos.  
Los dejé en la inmunda charca, tras tu celda,  
bailando con el agua hasta el mentón  
y la poza, más hedionda que sus pies.

PRÓSPERO  
Buen trabajo, pajarillo. Continúa invisible.  
Trae de mi casa la ropa de gala;  
será un buen señuelo para estos ladrones.

ARIEL  
Voy, voy.

*Sale.*

PRÓSPERO

Un diablo, un diablo nato, cuya naturaleza  
no admite educación, y en quien el esfuerzo  
que me tomé humanamente fue inútil, estéril.  
Cual su cuerpo se afea con los años,  
su alma se corrompe. Los voy a atormentar  
hasta que aúllen.

*Entra ARIEL cargado de ropa vistosa, etc.*

Ven, cuélgalos en este tilo.

*Entran CALIBÁN, ESTEBAN y TRÍNCULO, todos mojados.*

CALIBÁN

No hagáis ruido al andar, que ni el topo  
oiga un paso. Estamos cerca de su celda.

ESTEBAN

Monstruo, ese duende, al que crees inofensivo, no ha hecho más que tomarnos el pelo.

TRÍNCULO

Monstruo, apesto a orín de caballo, y se me irritan las narices.

ESTEBAN

Y a mí. Óyeme, monstruo. Como te coja antipatía...

TRÍNCULO

Serás monstruo muerto.

CALIBÁN

Buen señor, no me retires tu gracia.  
Ten paciencia, que el premio que voy a darte  
borrará este contratiempo; así que habla bajo:  
todo está más tranquilo que la noche.

TRÍNCULO

¡Sí, pero perder las botellas en la charca...!

ESTEBAN

No es sólo vergüenza y deshonor, monstruo, sino una inmensa pérdida.

TRÍNCULO

Para mí es peor que mojarme. ¡Monstruo, fue tu duende inofensivo!

ESTEBAN

Yo voy a recobrar la botella, aunque me ahogue buscándola.

CALIBÁN

Cálmate, mi rey, te lo ruego. Mira:  
es la boca de la celda. No hagas ruido, y adentro.  
Comete el buen crimen que ha de darte  
esta isla para siempre, y yo, tu Calibán,  
seré tu eterno lamepiés.

ESTEBAN

Dame la mano. Me vienen pensamientos sanguinarios.

TRÍNCULO

¡Ah, rey Esteban! ¡Ah, señor! ¡Ah, gran Esteban!

¡Mira el guardarropa que tienes aquí!

CALIBÁN

Deja eso, tonto, que es desecho.

TRÍNCULO

Oye, monstruo: sabemos lo que va al trapero. ¡Ah, rey Esteban!

ESTEBAN

¡Quítate esa capa, Trínculo! ¡Te juro que esa capa será mía!

TRÍNCULO

Sea de Tu Majestad.

CALIBÁN

¡Mal haya este necio! ¿Cómo os dejáis  
embobar con tal estorbo? Dejad eso,  
que primero hay que matarle. Como despierte,  
nos dará tantos pellizcos de pies a cabeza  
que nos va a dejar buenos.

ESTEBAN

Tú calla, monstruo. Señor tilo, ¿no es mío este jubón? El jubón ya está bajo el Ecuador. Ahora, jubón,  
perderás la pelusa y te quedarás calvo.

TRÍNCULO

Eso, que, con la venia, nosotros robamos por lo bajo.

ESTEBAN

Gracias por el chiste. En premio, toma esta ropa. Mientras yo sea el rey de este país, el ingenio no  
quedará sin recompensa. Eso de «robar por lo bajo» es un buen golpe de ingenio. En premio, toma más  
ropa.

TRÍNCULO

Anda, monstruo. Ponte liga en los dedos y arrambla con lo demás.

CALIBÁN

No quiero nada. Perderemos la ocasión,  
y él nos convertirá en barnaclas  
o en monos de frente innoble.

ESTEBAN

Monstruo, tú a trabajar. Ayuda a llevar esto donde guardo el barril, o te expulso de mi reino. Vamos,  
lleva esto.

TRÍNCULO

Y esto.

ESTEBAN

Sí, y esto.

*Se oye ruido de cazadores. Entran varios espíritus en forma de perros, y los persiguen,  
azuzados por PRÓSPERO y ARIEL.*

PRÓSPERO

¡Hala, hala, Titán!

ARIEL

¡Plata! ¡Por ahí, Plata!

PRÓSPERO

¡Furia, Furia! ¡Ahí, Sultán, ahí! ¡Hala, hala!

[CALIBÁN, ESTEBAN y TRÍNCULO *salen perseguidos.*]

Haz que los duendes les muelan los huesos  
con fuertes convulsiones, contraigan sus músculos  
con lentos espasmos y, de tanto pellizcarles,  
los dejen con más manchas que un leopardo.

ARIEL

Oye cómo aúllan.

PRÓSPERO

Que los persigan sin tregua. En este momento  
todos mis enemigos están a mi merced.  
Pronto acabarán mis trabajos, y tú  
podrás gozar del aire en libertad.  
Entre tanto, ven y sírveme.

*Salen.*

V. *Entran PRÓSPERO, vestido de mago, y ARIEL.*

PRÓSPERO

Mi plan ya se acerca a su culminación.  
Mis hechizos no fallan, obedecen mis espíritus  
y el tiempo avanza derecho con su carga. ¿Qué hora es?

ARIEL

Las seis; la hora, señor, en que dijiste  
que cesaría nuestra labor.

PRÓSPERO

Eso dije cuando desaté la tempestad.  
Dime, espíritu, ¿cómo están el rey y su séquito?

ARIEL

Agrupados del modo que ordenaras,  
tal como los dejaste; todos prisioneros  
en el bosque de tilos que resguarda tu celda.  
No pueden moverse mientras no los liberes.  
El rey, su hermano, el tuyo, los tres  
están trastornados, y los demás les lloran  
desbordantes de pena y desánimo, sobre todo  
el que llamabas «el buen anciano Gonzalo»:  
por su barba corren lágrimas cual lluvia  
sobre un techo de paja. Tan hechizados están  
que, si los vieras, te sentirías conmovido.

PRÓSPERO

¿Eso crees, espíritu?

ARIEL

Así me sentiría si fuese humano.

PRÓSPERO

Y yo he de conmovirme. Si tú,  
que no eres más que aire, has sentido  
su dolor, yo, uno de su especie, que siento  
el sufrimiento tan fuerte como ellos,  
¿no voy a conmovirme más que tú?  
Aunque sus agravios me hirieron en lo vivo,  
me enfrento a mi furia y me pongo del lado  
de la noble razón. La grandeza está en la virtud,  
no en la venganza. Si se han arrepentido,  
la senda de mi plan no ha de seguir  
con la ira. Libéralos, Ariel.  
Desharé el hechizo, les restituiré el sentido  
y volverán a ser ellos.

ARIEL

Voy a traerlos, señor.

*Sale.*

PRÓSPERO

¡Elfos de los montes, arroyos, lagos y boscajes  
y los que en las playas perseguís sin huella  
al refluyente Neptuno y le huís  
cuando retorna! ¡Hadas que, ala luna,  
en la hierba formáis círculos, tan agrios  
que la oveja no los come! ¡Genios, que gozáis  
haciendo brotar setas en la noche y os complace

oír el toque de queda, con cuyo auxilio,  
aunque débiles seáis, he nublado  
el sol de mediodía, desatado fieros vientos  
y encendido feroz guerra entre el verde mar  
y la bóveda azul! Al retumbante trueno  
le he dado llama y con su propio rayo he partido  
el roble de Júpiter. He hecho estremecerse  
el firme promontorio y arrancado de raíz  
el pino y el cedro. Con mi poderoso arte  
las tumbas, despertando a sus durmientes,  
se abrieron y los arrojaron. Pero aquí abjuro  
de mi áspera magia y cuando haya, como ahora,  
invocado una música divina  
que, cumpliendo mi deseo, como un aire  
hechice sus sentidos, romperé mi vara,  
la hundiré a muchos pies bajo la tierra  
y allí donde jamás bajó la sonda  
yo ahogaré mi libro.

*Música solemne.*

*Entra ARIEL. Le siguen ALONSO, con gesto demente, acompañado de GONZALO, y SEBASTIÁN y ANTONIO, de igual modo, acompañados de ADRIÁN y FRANCISCO. Entran todos ellos en el círculo que ha trazado PRÓSPERO y en él quedan hechizados. PRÓSPERO lo observa y habla.*

Que la música solemne, el mejor alivio  
para una mente alterada, te cure el cerebro  
que ahora, inútil, te hierve en el cráneo. –  
Quedaos ahí: os retiene un sortilegio. –  
Bondadoso Gonzalo, hombre digno,  
mis ojos, dolidos de ver los tuyos,  
comparten tu llanto. Ya el hechizo se deshace  
y, así como el alba se insinúa en la noche  
y desvanece la tiniebla, así, al despertar,  
los sentidos dispersan la ignorancia  
que nubla su razón. ¡Ah, buen Gonzalo,  
mi salvador y caballero fiel  
de tu señor! Te pagaré tu bondad  
con palabras y con hechos. - Alonso,  
cruel trato nos diste a mi hija y a mí  
con tu hermano como cómplice. - Sebastián,  
ahora padeces por ello. - A ti, mi hermano,  
mi carne y mi sangre, que, ciego de ambición,  
desechaste compasión y sentimientos  
y con Sebastián (cuyo pesar es ahora tan fuerte)  
habrías matado al rey, yo te perdono,  
aunque seas inhumano. - Su entendimiento  
ya empieza a crecer, y la inminente marea  
cubrirá la orilla de su juicio,  
ahora fangosa e inmundada. Todavía  
ninguno me ve ni me conoce. Ariel, tráeme  
el sombrero y la espada de mi celda.

*[Sale ARIEL y vuelve de inmediato.]*

Me quitaré el manto y me mostraré

como el Duque de Milán que fui. Pronto, espíritu,  
que enseguida serás libre.

*ARIEL canta y le ayuda a vestirse.*

[ARIEL]

Cual abeja libo yo.  
Acostado en una flor  
oigo del búho la voz,  
y en murciélago veloz  
vuelo buscando el calor.  
Ahora yo, alegre, contento, a placer,  
bajo el árbol en flor viviré.

PRÓSPERO

¡Primoroso Ariel! Te echaré de menos,  
aunque te daré libertad. Muy bien, así.  
Ve, invisible como ahora, al navío del rey.  
Verás a los marineros dormidos  
bajo cubierta. En cuanto despierten  
el capitán y el contra maestre, tráelos aquí;  
y de prisa, te lo ruego.

ARIEL

Me bebo el aire y retorno  
antes que el pulso te lata dos veces.

*Sale.*

GONZALO

Aquí habitan tormento, aflicción, asombro  
y espanto. ¡Que un poder divino nos saque  
de este terrible país!

PRÓSPERO

Mirad, rey, a Próspero, el agraviado  
Duque de Milán. Para probar que es un príncipe  
vivo quien os habla, dejad que os abrace  
y dé mi bienvenida cordial  
a vos y a vuestro séquito.

ALONSO

Si sois o no Próspero, o me engaña  
como antes algún efecto mágico,  
no sé. El pulso os late como a un hombre  
y, desde que os he visto, se ha curado  
el trastorno mental que me aquejaba.  
Si es real, encierra alguna historia prodigiosa.  
Os restituyo el ducado y os suplico  
que perdonéis mi ofensa. Mas, ¿cómo es  
que Próspero está vivo y vive aquí?

PRÓSPERO [a GONZALO]

Primero, noble amigo, permitidme  
abrazar vuestra vejez, cuya honra  
es inmensa e infinita.

GONZALO

Si esto es real o no lo es,  
no podría jurarlo.

PRÓSPERO

Aún os queda el gusto a algunas

exquisiteces de la isla, que os impiden  
creer en lo real. ¡Amigos, bienvenidos todos!  
[*Aparte a SEBASTIÁN y ANTONIO*] En cuanto a vosotros,  
mi noble pareja, si quisiera, haría caer  
la ira del rey contra los dos al demostrar  
vuestra perfidia. Mas ahora no voy a acusaros.

SEBASTIÁN [*aparte*]  
El diablo habla por él.

PRÓSPERO  
[*aparte a SEBASTIÁN*] ¡No!  
[*A ANTONIO*] A ti, ser perverso, a quien llamar hermano  
infectaría mi lengua, te perdono  
tu peor maldad, todas ellas, y te exijo  
mi ducado, que por fuerza  
habrás de devolverme.

ALONSO  
Si sois Próspero,  
contadnos cómo os salvasteis, cómo  
nos habéis hallado a los que hace tres horas  
nafragamos junto a estas riberas, donde  
yo he perdido (¡doloroso recuerdo!)  
a mi querido hijo Fernando.

PRÓSPERO  
Me apena oírlo, señor.

ALONSO  
La pérdida es irreparable, y la paciencia  
no puede remediarlo.

PRÓSPERO  
Sospecho que no habéis buscado su ayuda.  
De su dulce bondad yo he recibido  
auxilio supremo en semejante pérdida,  
y estoy consolado.

ALONSO  
¿Vos una pérdida semejante?

PRÓSPERO  
Tan grande y tan reciente. Y para soportar  
mi triste pérdida, mis medios son más débiles  
que vuestro posible consuelo, pues yo  
he perdido a mi hija.

ALONSO  
¿Una hija? Ojalá viviesen  
en Nápoles los dos como rey y reina.  
Si así fuese, contento yacería  
en el fondo cenagoso en que reposa  
mi hijo. ¿Cuándo perdisteis a vuestra hija?

PRÓSPERO  
En la reciente tempestad. Veo que a estos señores  
les asombra tanto nuestro encuentro  
que les sorbe la razón, y apenas creen  
la verdad de sus ojos o el sonido  
de las voces. Mas por muy turbados  
que tengan los sentidos, no dudéis  
que soy Próspero, aquel duque  
expulsado de Milán que, tras llegar  
de milagro a esta isla en que habéis naufragado,  
se convirtió en su señor. Pero ya basta,

pues es relato para un día y otro día,  
y no para un desayuno, ni conviene  
a un primer encuentro. Señor, bienvenido.  
Esta celda es mi palacio. Sirvientes tengo pocos;  
súbditos, ninguno. Os lo ruego, mirad dentro.  
Pues me habéis devuelto mi ducado,  
yo os pagaré con algo igual de bueno,  
u os mostraré al menos un prodigio  
que, cual a mí el ducado, os regocije.

PRÓSPERO *muestra a FERNANDO y MIRANDA jugando al ajedrez.*

MIRANDA

    Mi señor, me haces trampa.

FERNANDO

    No, mi amor, no lo haría ni por todo el mundo.

MIRANDA

    Sí, y lo harías por ganar veinte reinos,  
    mas yo lo llamaría juego limpio.

ALONSO

    Si esto es otra ilusión de la isla,  
    a un hijo amado perderé dos veces.

SEBASTIÁN

    ¡Excelso milagro!

FERNANDO

    Aunque los mares amenacen, son clementes.  
    Los maldije sin motivo.

ALONSO

    ¡Vayan contigo todas las bendiciones  
    de un padre feliz! Levántate y dime  
    cómo has llegado hasta aquí.

MIRANDA

    ¡Oh, maravilla!  
    ¡Cuántos seres admirables hay aquí!  
    ¡Qué bella humanidad! ¡Ah, gran mundo nuevo  
    que tiene tales gentes!

PRÓSPERO

    Es nuevo para ti.

ALONSO

    ¿Quién es la muchacha con quien jugabas?  
    Ni tres horas hará que la conoces.  
    ¿Es la diosa que nos ha separado  
    y ahora nos reúne?

FERNANDO

    Señor, es mortal,  
    pero, por voluntad divina, es mía.  
    La elegí cuando no podía pedirle consejo  
    a mi padre, ni ya creía tenerlo.  
    Es la hija de este príncipe, el Duque de Milán,  
    de quien tanto sabía por su fama,  
    mas nunca había visto, y que me ha dado  
    una segunda vida. Ahora esta dama  
    le convierte en mi segundo padre.

ALONSO

    Y a mí de ella. ¡Qué extraño ha de sonar  
    que le pida perdón a mi hija!

PRÓSPERO

Ya basta, señor.

No carguemos ya más nuestro recuerdo  
con un dolor pasado.

GONZALO

Yo he llorado por dentro,  
que, si no, habría hablado. Mirad, dioses,  
y coronad de dicha a esta pareja,  
pues vosotros trazasteis el camino  
que nos ha traído aquí.

ALONSO

Así sea, Gonzalo.

GONZALO

¿El duque fue expulsado de Milán para que  
sus descendientes reinasen en Nápoles?  
¡Ah, alegraos sobremanera y con letras  
de oro inscribid esto en columnas inmortales!  
«En un viaje, Claribel halló marido en Túnez  
y Fernando, su hermano, halló esposa  
donde estaba perdido; Próspero, su ducado  
en una pobre isla, y todos a nosotros mismos  
cuando nadie era dueño de sí.»

ALONSO [*a* FERNANDO y MIRANDA]

Dadme las manos.

¡Que un dolor se apodere del alma  
que no os desee dicha!

GONZALO

Así sea.

*Entra ARIEL, con el CAPITÁN y el ColTRAMAESTRE siguiéndole asombrados.*

¡Ah, mirad, señor, mirad! ¡Más de los nuestros!  
Profeticé que si en tierra había un patíbulo  
éste no se ahogaría. - Tú, que blasfemando  
echabas por la borda la gracia divina,  
¿no juras en tierra? ¿Estás mudo? ¿Traes noticias?

CONTRAMAESTRE

La mejor es haber hallado a salvo  
al rey y a su séquito; después, que nuestra nave,  
que hace tres horas creíamos deshecha,  
está entera, a punto, y tan bien aparejada  
como cuando zarpamos.

ARIEL [*aparte a* PRÓSPERO]

Señor, he hecho todo esto desde que te dejé.

PRÓSPERO [*aparte a* ARIEL]

¡Mi vivo espíritu!

ALONSO

Estos hechos no son naturales, y todo es  
cada vez más prodigioso. Dime, ¿cómo has venido?

CONTRAMAESTRE

Señor, si creyera estar bien despierto,  
intentaría contarlo. Dormíamos como muertos  
y, no sé cómo, metidos bajo cubierta,  
donde ahora mismo nos despiertan extraños  
rugidos, gritos, alaridos, traqueteo  
de cadenas y gran variedad de ruidos,

todos espantosos. Libres al momento  
y del todo indemnes, vemos que está intacto  
nuestro regio y hermoso navío, y el capitán  
salta de alegría. Y creedme, al instante,  
como en un sueño, nos separan de los otros  
y nos traen aquí aturdidos.

ARIEL [*aparte a PRÓSPERO*]

¿Lo hice bien?

PRÓSPERO [*aparte a ARIEL*]

De maravilla, diligente. Serás libre.

ALONSO

¿Quién ha entrado en laberinto semejante?

Todo esto lo ha guiado algo más  
que la naturaleza. Algún oráculo  
nos dará una recta explicación.

PRÓSPERO

Majestad, no turbéis  
vuestro ánimo insistiendo en lo extraño  
de este asunto. Escogeremos el momento,  
que será pronto, y a solas os explicaré,  
con todo fundamento, cada uno  
de los sucesos acaecidos. Mientras,  
alegraos y pensad bien de todos ellos. –  
[*Aparte a ARIEL*] Ven, espíritu. Libera a Calibán  
y sus compinches. Deshaz el hechizo.

*Sale ARIEL.*

¿Estáis bien, señor? Aún quedan  
de los vuestros algunos tipos raros  
que no recordáis.

*Entra ARIEL, empujando a CALIBÁN, ESTEBAN y TRÍNCULO, vestidos con las  
prendas robadas.*

ESTEBAN

Cada cual por los demás y nadie a lo suyo, que todo es la suerte. ¡*Coraggio*, buen monstruo, *coraggio!*

TRÍNCULO

Si mis faros no me engañan, lo que veo es estupendo.

CALIBÁN

¡Ah, Setebos! ¡Qué hermosos espíritus!

¡Y cómo viste mi amo! Me temo

que va a castigarme.

SEBASTIÁN

¡Ja, ja! ¿Quiénes son éstos, Antonio?

¿Se compran con dinero?

ANTONIO

Seguramente. Uno de ellos  
es bien raro y, sin duda, muy vendible.

PRÓSPERO

Señores, ved la librea de estos hombres  
y decid si son honrados. Y este contrahecho  
tenía por madre a una bruja poderosa  
que dominaba la luna, causaba el flujo  
y el reflujo, y la excedía en poderío.  
Los tres me han robado, y este semidiablo,

pues es bastardo, tramó con ellos  
quitarme la vida. A estos dos los conocéis,  
pues son vuestros; este ser de tiniebla es mío.

CALIBÁN

Me pellizcarán hasta la muerte.

ALONSO

¿Éste no es Esteban, el dispensero borracho?

SEBASTIÁN

Borracho sí está. ¿De dónde sacó el vino?

ALONSO

Y Trínculo está para dar vueltas.

¿Dónde habrán hallado el elixir que los transmuta? –

¿Tú cómo te has metido en este enjuague?

TRÍNCULO

Tanto me he enjuagado desde la última vez que os vi que me he empapado hasta los huesos. En esta sal  
muera estaré bien conservado.

SEBASTIÁN

¿Cómo estás, Esteban?

ESTEBAN

No me toquéis. No soy Esteban; soy un calambre.

PRÓSPERO

¿Y tú querías ser el rey de la isla?

ESTEBAN

Habría sido un dolor de rey.

ALONSO [*indicando a CALIBÁN*]

Es el ser más extraño que he visto.

PRÓSPERO

Y tan deforme en su conducta  
como lo es en su figura. - Tú, vete a mi celda  
y llévate a tus compinches. Si esperas  
mi perdón, déjala bien arreglada.

CALIBÁN

Sí, lo haré. Y seré más sensato,  
y pediré clemencia. - ¡Si fui tonto de remate  
al tomar a este borracho por un dios  
y adorar a este payaso!

PRÓSPERO

¡Vamos, en marcha!

ALONSO

¡Fuera, y dejad esos trapos donde los encontrasteis!

SEBASTIÁN

O más bien robasteis.

[*Salen CALIBÁN, ESTEBAN y TRÍNCULO.*]

PRÓSPERO

Señor, os invito a vos y a vuestro séquito  
a mi celda, donde descansaréis  
por esta noche, parte de la cual emplearé  
en contaros lo que creo que la hará  
pasar muy pronto: la historia de mi vida  
y los distintos sucesos que acaecieron  
desde que llegué a esta isla. Por la mañana  
os llevaré a vuestro navío, y después,  
a Nápoles, donde espero ver celebradas  
las bodas de nuestros amados hijos;

de allí pienso retirarme a Milán, donde  
una de cada tres veces pensaré en mi tumba.

ALONSO

Anhelo oír vuestro relato; sin duda  
sonará asombroso.

PRÓSPERO

Os lo contaré todo,  
y os prometo mar en calma, vientos propicios  
y tan pronta travesía que alcanzaremos  
a la escuadra real, ahora distante. -  
Mi Ariel del alma, encárgate: Después,  
sé libre en el aire y adiós. - Dignaos entrar.

*Salen todos [menos PRÓSPERO].*

## EPÍLOGO

PRÓSPERO

Ahora magia no me queda  
y sólo tengo mis fuerzas,  
que son pocas. Si os complace,  
retenedme aquí, o dejadme  
ir a Nápoles. Con todo,  
si ya el ducado recobro  
tras perdonar al traidor,  
no quede hechizado yo  
en la isla, y de este encanto  
libradme con vuestro aplauso.  
Vuestro aliento hinche mis velas  
o fracasará mi idea,  
que fue agradar. Sin dominio  
sobre espíritus o hechizos,  
me vencerá el desaliento  
si no me alivia algún rezo  
tan sentido que emocione  
al cielo y excuse errores.  
Igual que por pecar rogáis clemencia,  
libéreme también vuestra indulgencia.

*Sale.*